



SE VIVE POR AMOR
DE ALGO QUE ESTÁ
SUCEDIENDO AHORA

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2006

SE VIVE POR AMOR
DE ALGO QUE ESTÁ
SUCEDIENDO AHORA

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2006

En portada: Catedral de Chartres, *La creación de Adán* (s. XII-XIII).

© 2006 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traduzione dall'italiano di María Rosa Cárdenas
Edizione fuori commercio
Finito di stampare nel mese di luglio 2006
presso Arti Grafiche Fiorin, Milano

Vaticano, 6 de abril de 2006

Reverendo Señor
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Reverendo Señor:

Con la apreciada carta del 6 de abril, y el correspondiente anexo, Vd., en nombre de esta Fraternidad, ha informado al Santo Padre acerca de los Ejercicios Espirituales que tendrán lugar en Rimini del 28 al 30 de abril de 2006 y que serán predicados por Vd. sobre el tema “Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora”.

Agradecido por el atento pensamiento y por los sentimientos manifestados, Su Santidad desea que estos días de reflexión y de oración susciten un renovado compromiso de adhesión a Cristo y de fidelidad a la Iglesia y, mientras confía a María Santísima el buen resultado del encuentro, con afecto imparte a Vd., a todos los que tomarán parte en esta importante iniciativa espiritual y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación la implorada Bendición Apostólica.

Aprovecho la circunstancia para expresarle mi más distinguido respeto.

Suyo devotísimo en el Señor,
Angelo cardenal Sodano, Secretario de Estado

Viernes 28 de abril, noche

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Sinfonía n.º 7 en la mayor, op. 92

H. von Karajan - Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil”, Deutsche Grammophon (Universal)

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón. Inmersos en la alegría de la Pascua, gozando de Su presencia viva, comenzamos nuestros Ejercicios anuales de la Fraternidad. Quiero empezar saludándoos a todos, a los presentes aquí en Rímimi y a cuantos estáis conectados vía satélite en los diversos países.

Los Ejercicios de la Fraternidad de este año tendrán lugar en 59 países. Están conectados vía satélite 24 países extranjeros; por primera vez, estamos en contacto directo con las Islas Canarias y con Estonia. Tras un año en el que se celebraron en directo, vuelven a estar conectadas las comunidades de Rumanía y España.

En las próximas semanas se celebrarán los Ejercicios en otros 35 países; este año por primera vez también se celebrarán en Malasia.

Quiero dirigiros un saludo de corazón a cada uno de los que habéis acudido aquí con toda la espera del corazón. Pidamos al Espíritu que responda a esta espera cantando todos *Desciende Santo Espíritu*.

Desciende Santo Espíritu.

Comienzo dando lectura a la carta que el Secretario de Estado del Vaticano me ha enviado como Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación:

«Con la apreciada carta del 6 de abril, y el correspondiente anexo, Vd., en nombre de esta Fraternidad, ha informado al Santo Padre acerca de los Ejercicios Espirituales que tendrán lugar en Rímimi del 28 al 30 de abril de 2006 y que serán predicados por Vd. sobre el tema “Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora”.

Agradecido por el atento pensamiento y por los sentimientos manifestados, Su Santidad desea que estos días de reflexión y de oración susciten un renovado compromiso de adhesión a Cristo y de fidelidad a la Iglesia y, mientras confía a María Santísima el buen resultado del encuentro, con afecto imparte a Vd., a todos los que tomarán parte en esta importante

iniciativa espiritual y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación la implorada Bendición Apostólica.

Aprovecho la circunstancia para expresarle mi más distinguido respeto. Suyo devotísimo en el Señor,
Angelo cardenal Sodano, Secretario de Estado».

«Cuando nos juntamos, ¿por qué lo hacemos?», se preguntaba don Giussani hace años. «Para arrancarnos a nosotros mismos, a nuestros amigos y, a ser posible, a todo el mundo, de la nada en la que vive el hombre»¹.

Es el mismo motivo por el que Jesús se acercó a los discípulos que se volvían a Emaús desconcertados, perdidos después de todo lo que había sucedido. También ellos habían empezado a dejarse arrastrar hacia la nada: «Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel»². Y Cristo se acerca a ellos precisamente para sostenerles, y ellos se dan cuenta de que es Él quien les impide caer en la nada, se dan cuenta de lo que les sucede: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»³. Es Su presencia, Su compañía la que se muestra victoriosa, la que no teme el decaer de los discípulos, la que no teme el desconcierto que también ellos sufren.

Cada uno de nosotros sabe muy bien de qué manera –como a los discípulos de Emaús– le afecta la nada. ¿De qué modo? ¿De qué manera me afecta a mí? Insinuando la sospecha, muy en el fondo, de que Cristo no es capaz de responder a lo que mi corazón espera. Sí, quizá hayamos llegado aquí con cierta expectativa, pero sin exagerar, con un fondo de escepticismo ante la posibilidad de que Él verdaderamente sea capaz de respondernos; y así también nosotros empezamos a deslizarnos hacia la nada. Podemos pensar: «También nosotros esperábamos, al principio, pero han pasado ya muchos los años desde que le conocimos»; este cinismo puede comenzar a abrirse camino, y a veces casi nos avergüenza confesarlo. Pero Él sigue acercándose a nosotros, como lo hizo hace dos mil años con aquellos discípulos de Emaús.

Tras invitar a un amigo a comer a casa, una persona le escribe esta carta: «Querido amigo: Te agradezco muchísimo la comida de hoy. Me he conmovido desde el principio hasta el final, y me avergonzaba un poco porque no lograba dejar de llorar. Gracias a Dios eran lágrimas que brotaban sólo de la sorpresa de verle a Él, por cómo Él se me hacía evidente en tu persona. En estos días me preguntaba continuamente cómo abandonarme a Él, cómo reconocerle con sencillez; sólo deseaba ceder; hoy no puedo decir que lo entienda, pero sí que verdaderamente lo he experimen-

tado mirándote. Por todo ello sólo puedo estarte profundamente agradecida».

¡Tal cual, como hace dos mil años!, desafiando toda forma de escepticismo, desafiando toda clase de cinismo.

Nos juntamos para permitir que Cristo nos rescate de la nada en la que nos instalamos, porque hay Uno más potente que la nada.

Nosotros hemos conocido el cristianismo a través de alguien de quien el Papa ha dicho: «Estaba enamorado del hombre porque estaba enamorado de Cristo». Hemos encontrado un cristianismo que nos permite mirar a las cosas como son y no tener que olvidar nada; una experiencia cristiana que nos desafía, nos anima a mirar a la cara el “yo” que somos sin censurar nada; un cristianismo que no tiene miedo del corazón, ni de mirar de frente a nuestras exigencias sin reducirlas, que no tiene miedo de preguntarnos: «¿Qué es lo que deseas?».

Mira, mira en tu corazón incluso lo que no te atreves a confesarte a ti mismo, porque te parece imposible. Mirad todo cara a cara y, aunque suframos esa herida que nos hace dudar de que nuestro corazón se cumpla, aunque esta herida a veces nos lleve a decir: «Deseamos demasiado; hay que conformarse con menos», en nosotros no vence del todo el nihilismo, no logra vencer. Prueba de ello es que estamos aquí.

Y, ¿por qué estamos aquí? ¿Por qué cada uno de nosotros está aquí? ¿Por qué hemos hecho todos los sacrificios que han hecho falta para llegar hasta aquí? Porque nada ha podido borrar la espera de nuestro corazón, la espera que el encuentro con Cristo ha despertado en nosotros.

Estar aquí, amigos, es la victoria de esta espera, y esta es la primera derrota del nihilismo. Por eso, el gesto más grande, el más adecuado a esta espera, el que más corresponde a lo que el corazón aguarda, es pedir, atreverse a desear todo lo nuestro corazón anhela y pide.

¿Qué es lo que puede darnos la confianza de pedir así? Como para los discípulos de Emaús, es Su presencia en medio de nosotros la que nos hace pedir, como ellos: «Quédate con nosotros, Señor, esta noche». Pedimos con toda la intensidad del corazón: «Quédate con nosotros, Señor, esta noche» para que se cumpla la espera de nuestro corazón. Porque nosotros, como los discípulos de Emaús, ¿qué es lo que necesitamos? Que suceda ahora. Este es el tema de nuestros Ejercicios de este año: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora».

No se vive de las rentas. También ellos, los discípulos de Emaús, podían reconocer que Jesús había sido un profeta poderoso en obras y palabras, pero esto no fue suficiente, no bastó para evitar que volvieran a su casa desconcertados, perdidos. Necesitaron Su presencia en ese

momento, porque se vive “solamente” por amor de algo que está sucediendo ahora.

Pidamos, amigos, sostengámonos en estos días en la petición de que suceda ahora. *Fac ut ardeat cor meum*, que arda nuestro corazón, Cristo, *Fac ut ardeat cor meum, in amando Christum Deum*,⁴ haz que arda nuestro corazón de tal manera que podamos amarte cada vez más, oh Cristo. Porque sólo el continuo despertar de nuestro yo es lo que nos hace amar cada vez más a Cristo.

No participamos en un rito, sino en un gesto. Nuestros Ejercicios son un gesto a través del cual Cristo sale al encuentro de nuestra humanidad, una humanidad desfallecida por su enfermedad mortal. Cristo viene a nuestro encuentro: todo queda confiado a nuestra libertad, a nuestra sencilla adhesión. Por eso todos contribuimos a crear este gesto con nuestra libertad. Es fácil, basta dejarse arrastrar por Su presencia en medio de nosotros, por cómo somos guiados mediante este acontecimiento.

La participación en los Ejercicios requiere, a veces, mucho sacrificio: desde los viajes a la incomodidad de los traslados, cada uno de vosotros lo sabe. Ofrezcamos este sacrificio por el fruto de nuestros Ejercicios, para que ninguno se vaya de aquí volviendo a la nada de la que venía, para que cada uno de nosotros pueda ver la victoria de Cristo ahora. El sacrificio es como un grito, como una súplica, la petición de unos hombres pobres como somos nosotros.

El silencio que os pedimos mantener en los desplazamientos, en los recorridos del hotel al centro, en la entrada y salida del salón, es para dejar espacio a Su presencia y mostrar Su victoria.

El cristianismo es fácil, basta ceder al atractivo que nos ha traído aquí.

Estoy seguro de que la Virgen y don Giussani nos sostendrán en estos días, en este sacrificio, para que nosotros, como ellos, podamos participar en la victoria potente de Cristo aquí y ahora.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON PINO

Aquel día respondió con extraordinaria sobreabundancia a la necesidad y a la espera de aquellos hombres. Alzando los ojos, vio una gran muchedumbre que le seguía. Eran cinco mil: nosotros somos cinco veces más, pero con las mismas necesidades, con las mismas tentaciones, con un grito todavía mayor, porque mayor es la historia.

Igual que entonces se valió de lo poco que tenían para multiplicar el pan, así en este instante se vale de lo que nosotros somos para realizar el milagro de nuestro cambio; se vale de nuestra libertad, que es grito, o quizás sólo aliento, y colma nuestra petición de certeza. Porque esta obra, esta Fraternidad, no es fruto del hombre: viene de Dios, es fruto de la acción de Dios a través del hombre.

Sábado 29 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano en re menor nº 20, K 466

Clara Haskil, piano

I. Markevitch – Orchestre des Concerts Lamoureux

“Spirto Gentil”, Philips (Universal)

Don Pino. Estamos en el tiempo de Pascua, pero iniciamos esta mañana rezando el *Angelus*, porque es el anuncio que, día tras día, despierta nuestra conciencia recordándonos que no somos cristianos por una ética ni por una gran idea, sino por el encuentro con una Presencia; el anuncio del ángel provoca nuestra libertad, nos invita a pronunciar el mismo “sí” que floreció en los labios de la Virgen, que aceptó la compañía humana que es Cristo, compañía en el camino al destino de cada uno de nosotros.

Angelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

Il nostro cuore non si è perduto

Julián Carrón. ¿Qué es lo más querido para nosotros? «Lo que tenemos por más querido [en nuestra vida] es Cristo mismo, porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad»⁵. Creo que no me equivoco al interpretar el deseo de todos los que estamos hoy aquí; nuestro mayor deseo es que Cristo nos sea cada vez más querido: tanto para los que participan por primera vez, pues tienen el presentimiento de la belleza de Cristo, como para los que llevan ya años, para que se cumpla cada vez más la promesa que supuso el encuentro con Él.

Pero, ¿cómo puede crecer el amor a Cristo? Sólo por la experiencia de una mayor humanidad, por la experiencia de una humanidad más grande, de una vida plena, de una intensidad mayor en cada instante.

La preocupación constante de don Giussani fue esta: el carácter razonable de la fe. Nuestro método –señalaba– tiene un objetivo: «Mostrar la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida», porque «me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encon-

trarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto. [...] Mostrar la pertinencia de la fe con las exigencias de la vida [...] quiere decir que la fe corresponde a las exigencias fundamentales y originales del corazón de todos los hombres, [...] esas exigencias fundamentales con las que el hombre –queriendo o no queriendo, lo sepa o no– juzga todas las cosas, juzga en última instancia todo»⁶.

El carisma que hemos encontrado –os decía en la carta que escribí a la Fraternidad– seguirá fascinándonos cada vez más sólo si esta mayor humanidad, si la correspondencia evidente de Cristo con las exigencias del corazón se hace experiencia en nuestra vida cotidiana: porque así fue en el comienzo de nuestra fe, como nos recordó el Papa en la encíclica *Deus Caritas est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»⁷.

Por un encuentro: es decir, porque cada uno de nosotros ha sido alcanzado por la presencia de Cristo; que nos haya alcanzado significa que se ha demostrado correspondiente a las exigencias de nuestro corazón, porque Cristo realiza esas exigencias cumpliéndolas. Por eso, desde el principio la prueba del cristianismo es este incremento del yo, este “más” de nuestro yo.

En el encuentro, amigos, se revela el método de cada paso de nuestro camino. ¿Qué quiere decir que el yo se incremente, que acontezca? Quiere decir que el corazón se despierta, la razón se abre de par en par, la libertad se ve provocada y colmada; experimentamos una mayor capacidad de afecto y una mayor capacidad de estar en la realidad con todo lo que somos.

Por eso, el encuentro con Cristo no elimina el sentido religioso; es más, lo despierta. Explica don Giussani: es la percepción de este acontecimiento de Cristo, lo que resucita y potencia las evidencias originales, lo que constituye el sentido religioso, es decir, lo que da una mayor capacidad al yo de mantenerse en la realidad, de vivir intensamente todo. Por eso la alarma salta cuando descubrimos que «no somos capaces de estar» en la realidad.

Me comentaba un amigo: «Ayer por la tarde me fui a ver a los amigos de La Cometa en Como»⁸. Fue como un rayo, porque me encontré ante una realidad que, por cómo era, me interpelaba. No importa cómo llegué allí esa tarde, agobiado por lo que tenía que hacer en los días siguientes, por

un cierto cansancio, por ciertos pensamientos: me vi arrollado. Fue el impacto de algo absolutamente sorprendente, algo que no imaginaba por mucho que otros me lo hubieran contado. Mientras cenaba con ellos me preguntaba: pero yo, ¿dónde estoy cuando estoy trabajando, cuando vuelvo a casa? ¿Dónde estoy yo respecto a éstos que viven una presencia total, absoluta ante Cristo, con estos niños que primero se los confían y luego se los quitan, con una capacidad de atención que yo no tengo ante mis hijos, nacidos de mi mujer y yo? Me sentí herido y a la vez agradecido por todo lo que había visto».

«Pero yo, ¿dónde estoy?». ¿Dónde está mi yo cuando trabaja, cuando se levanta por la mañana, cuando está atareado en el día a día? ¿Estoy presente en lo que hago? Éste es el verdadero rostro del nihilismo que nos afecta también a nosotros: no estamos presentes en lo que hacemos. Lo cual supone un desafío a nuestra fe: Cristo nos seguirá interesando si es capaz de responder a la necesidad del yo, a la necesidad presente de vivir el trabajo, las relaciones con los hijos, nuestras preocupaciones.

Y lo que marca la diferencia es el presente: si no vivimos el presente, si Cristo no responde al presente –todos los sabemos–, comienzan a surgir dudas sobre la capacidad que tiene Cristo para responder a las necesidades concretas. Es verdad que tuvimos un encuentro, pero no podemos vivir de las rentas.

1. El yo en el presente

La novela de Graham Greene *El fin del romance* describe de un modo genial nuestra dramática situación. Uno de sus personajes dice: «Para mí el presente nunca es un ahora»⁹. ¡Terrible! «Para mí el presente nunca es un ahora». Es la característica propia del mundo moderno, como escribía Péguy: «El mundo moderno realiza una inmensa, una total abdicación del presente [...] Por encima de la fachada rígida, más allá de la fachada de frondosidad, el mundo moderno realiza una inmensa, una total abdicación del presente»¹⁰.

La modernidad, que había empezado con el deseo de apropiarse de la realidad, de toda la realidad incluso del yo, hasta el punto de afirmar su total autonomía, acaba reconociendo que todo se le escapa de las manos.

Pascal lo explica de manera realmente dramática: «No nos situamos nunca en el tiempo presente. Anticipamos el porvenir como si llegara demasiado lentamente, como para apresurar su curso; o recordamos el pasado para detenerlo por ser demasiado rápido: tan imprudentes que erramos por tiempos que no son los nuestros y no pensamos en el único

que nos pertenece, y tan vanos que nos ocupamos de los que ya no son nada y dejamos escapar sin reflexión el único que subsiste. Ello se debe a que, generalmente, el presente nos hiere. Lo apartamos de nuestra vista, porque nos lastima; en cambio, si nos resulta agradable, nos lamentamos al ver que se nos escapa. [...]. Examine cada uno sus pensamientos: encontrará que todos están ocupados por el pasado o por el porvenir. Casi no pensamos en el presente; y, si pensamos, sólo lo hacemos buscando en él una luz para disponer el porvenir. [...] Así pues, no vivimos nunca, sino que esperamos vivir; y, porque siempre nos estamos disponiendo a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca»¹¹. Entonces nos conformamos, pero así nos cuesta mucho más vivir.

Este conformismo nos pasa factura en la vida cotidiana, como explica Cesare Pavese. «La vida del hombre se desarrolla allá abajo entre las casas, en los campos. En el fuego del hogar y en la cama. Y cada día que amanece nos pone delante las mismas fatigas y las mismas carencias. Y al final todo es hastío. Hay borrascas que renuevan los campos —no son ni la muerte ni los grandes dolores los que nos desaniman, sino esta fatiga interminable, este esfuerzo por mantenerse vivo hora tras hora, saber del mal de otros, del mal mezquino, molesto como mosca de verano— éste es el vivir que corta las alas»¹². Éste es el vivir hora tras hora que nos corta las alas.

El único modo que intuimos para escapar del presente es huir del yo, como lo describe Ibsen: «¡Oh sol adorable!, has derramado tus rayos en una habitación vacía: el dueño de la casa siempre estaba ausente»¹³. Nosotros somos el dueño de la casa, que siempre estamos ausentes a no ser que un dolor lacerante, o un miedo terrible, anormal, por un instante nos haga volver a casa.

¿Qué es lo que se revela el hecho de que yo no estoy en la realidad, hasta el punto de que apenas me soporto y tengo que huir de mi casa? Además, esto nos sucede después del encuentro, no antes; entonces, ¿qué es Cristo para nosotros? ¿Qué es la presencia de Cristo para mí? ¿De qué hablamos cuando hablamos de Cristo? ¿Qué experiencia tenemos de su Presencia? ¿Son acaso sueños?

Si Cristo no me hace estar presente con todo mi yo, si no me toma y me hace presente en lo que hago, ¿qué quiere decir “Cristo”? Se convierte en un puro nombre, que no afecta en nada a mi yo. Queramos o no queramos, amigos, con el tiempo dejará de interesarnos, ya no será lo más querido. Por eso, lo más urgente es cómo hacer para que Cristo no se quede en un mero nombre, sino que sea cada vez más real, de tal manera que me permita estar en la realidad.

Don Giussani nos dice que, para abordar la persona de Jesús, hace falta una humanidad, una posibilidad de correspondencia humana con Él. En *Los orígenes de la pretensión cristiana* escribe: «Para afrontar el tema de la hipótesis de una revelación y de la revelación cristiana, no hay nada más importante que la pregunta sobre la situación real del hombre. No sería posible apreciar plenamente qué significa Jesucristo si antes no apreciáramos bien la naturaleza del dinamismo que hace del hombre un hombre. Cristo se presenta, en efecto, —escribe— como respuesta a lo que soy “yo”, y sólo tomar conciencia atenta y también apasionada de mí mismo puede abrirme de par en par y disponerme para reconocer, admirar agradecer y vivir a Cristo». Y termina diciendo: «Sin esta conciencia [tierna, apasionada de mí mismo], incluso Jesucristo se convierte en un mero nombre»¹⁴. Y un mero nombre no nos permite estar presentes en la realidad, no nos aferra.

Yo puedo reconocer qué es Cristo si tomo conciencia de mí yo. Nosotros tendemos, generalmente, a ser dialécticos: si hablamos del corazón, del yo, parece que dejamos fuera a Cristo; y si hablamos de Cristo, parece que excluimos el corazón.

La fuerza del carisma, que nos muestra qué es el cristianismo, está en que el yo y Cristo se reclaman el uno al otro, son inseparables; no podemos hablar jamás del uno sin el otro. Lo más fascinante de don Giussani era precisamente esto: hablaba del yo de un modo inconfundible, que era posible sólo porque estaba Cristo; hablaba del yo de una manera que hubiera resultado imposible sin que este yo estuviera cautivado por Cristo; y hablaba de Cristo con toda la intensidad humana de su yo. ¡Nada más ajeno al dualismo! ¡Nada más alejado de un puro nombre!

Por eso, hace años, don Giussani escribió: «En este momento histórico, en el que pesa sobre nosotros una grave responsabilidad de cambio y de ejemplo, es necesario que el sujeto cristiano sea sólido». Y añadía: «El sujeto cristiano es sólido cuando: 1) *es sólido humanamente*, o sea, cuando afirma su propio corazón ante cualquier cosa; y 2) *reconociendo a Cristo*, sin lo cual la afirmación del propio corazón se hace añicos»¹⁵.

El corazón y Cristo. La única posibilidad de que Cristo no se quede en un puro nombre es que podamos experimentarlo como la respuesta al corazón humano; la única posibilidad de que el corazón del hombre no se haga añicos es Cristo.

2. El corazón

Todos recordamos el comienzo de *El rostro del hombre*, de Giussani: «El mayor obstáculo para el camino del hombre es el “descuido” del yo.

En lo contrario de este descuido, es decir, en el interés por el propio yo, consiste el primer paso para caminar de un modo verdaderamente humano. Parece obvio que se tenga este interés, pero de ningún modo es así: basta considerar los grandes vacíos [es decir, no estar presentes ante nosotros mismos] que se abren en el tejido cotidiano de nuestra conciencia y la dispersión que sufre nuestra memoria»¹⁶.

Pero este descuido del yo –insiste siempre– tiene que ver con la fe. El motivo por el que la gente deja de creer, o cree sin creer (digamos que reduce el creer a una participación formal a ciertos ritos o bien a un moralismo), es que no asume su propia humanidad, no está comprometida con su propia humanidad.

¿Qué quiere decir comprometerse con nuestra humanidad? Comprometerse con el propio yo tal y como es, como me ha sido dado.

El yo es el acontecer de un corazón, es decir, de una realidad cuyos deseos y exigencias se pueden describir y que remiten todos a un deseo infinito, a una exigencia de fondo que no se puede realizar porque, cuanto más se profundiza en ella, más aumenta el deseo.

El yo humano es un acontecimiento que se caracteriza por lo que la Biblia llama “corazón”: un deseo inagotable de felicidad y de plenitud. Comprometerse con la propia humanidad es tomarse en serio este corazón, este deseo inagotable de felicidad y de cumplimiento ¡Qué distinto es reducir el corazón a sentimiento! Precisamente este deseo inagotable, esta desproporción estructural es lo que nos constituye.

¿Por qué hay que comprometerse con este corazón? Porque este corazón –explica don Giussani– constituye el criterio fundamental con el que abordamos las cosas, es el criterio último para descubrir la verdad del hombre, para identificar la verdad.

El corazón es el criterio con el que somos lanzados a compararnos con todo lo que existe. Dicho criterio tiene dos características:

a) Es un criterio *objetivo*. Leo: «El criterio fundamental –afirma en *El sentido religioso*, capítulo primero– con que afrontar las cosas es ese criterio objetivo con el cual lanza la naturaleza al hombre a la confrontación universal, al dotarle de ese núcleo de exigencias originales, de esa experiencia elemental»¹⁷, es decir, el corazón. Albergamos siempre la sospecha de que el corazón sea algo subjetivo. Cuando hablamos de “corazón” entendemos este criterio objetivo, y la genialidad de don Giussani ha sido reclamarlo constantemente. ¿Por qué es objetivo? Porque lo recibimos con nuestra misma naturaleza humana. La desproporción que nos constituye y que descubrimos día a día; este deseo inalcanzable de felicidad y de cumplimiento no nos lo damos a nosotros

mismos, no lo podemos manipular: lo llevamos dentro, nos guste o no nos guste; es objetivo, nos es dado. Y la genialidad de don Giussani consiste en identificar este criterio objetivo dentro del sujeto pero, al mismo tiempo, reconocer que tal criterio no es manipulable por el sujeto mismo. Ésta es la verdadera modernidad, la extraordinaria modernidad de don Giussani: afirmar el sujeto, pero dentro del sujeto afirmar un criterio dado, objetivo.

b) La segunda característica es que este criterio es *infalible*. Sí, habéis oído bien: infalible. Como criterio –profundiza don Giussani en el libro *Se puede (¿verdaderamente?) vivir así*– las exigencias elementales son infalibles. Este criterio objetivo e infalible es tan verdadero que desmascara continuamente la falsedad de las imágenes que nos hacemos del corazón humano; porque, sea cual sea la imagen que nos hagamos, cuanto más nos comprometemos con la realidad tanto más la experiencia pone de manifiesto la falsedad de esas imágenes.

Veamos un ejemplo. Conozco unos novios que se van a casar. Empiezan a prepararse y hablan con una amiga que les desafía, sobre todo al chico: «Mirad bien si cada uno corresponde verdaderamente al otro». El chico sale de aquella primera entrevista indignado, negro, porque dice: «Pero, ¿cómo se te ocurre? Llevo años esperando estar con esta chica; la conocí en el colegio, luego cada uno siguió su camino; y ahora que nos hemos vuelto a encontrar nos haces esta pregunta. ¿Estás loca?». Sin amedrentarse, en la entrevista siguiente se lo dice tal cual, y la amiga le mira a la cara y se lo vuelve a preguntar: «Pero, ¿te corresponde o no? ¿Es capaz de colmar ese deseo inagotable de tu corazón?». «No», dice el chico. Uno puede enfadarse cuanto quiera por verse retado ante una imagen que se ha hecho de su corazón, por pegarse a una imagen de lo que le corresponde, pero cuando lo verifica en la experiencia se da cuenta de que existe un criterio que no se puede manipular y que le hace comprender que eso no le corresponde totalmente.

Otra persona me escribe: «Durante mucho tiempo he confundido deseos con sueños. En un principio percibía claramente que Cristo era la respuesta a los deseos de mi corazón, pero luego, poco a poco, me dije: a esto no puede responder. Y empecé a acallar mis deseos. Este año, atendiendo a tu reclamo insistente a lo que es el corazón, me he dado cuenta de que he confundido los deseos con los sueños, y ahora veo que lo que estamos diciendo despierta mi corazón desvelando su verdadera naturaleza de espera». Y esto es porque percibimos esta naturaleza objetiva e infalible del corazón cuando nos comprometemos verdaderamente con la realidad, con la experiencia, y no cuando lo pensamos en abstracto. En la

experiencia el corazón se muestra con objetividad y uno advierte su infalibilidad que le hace salir de cualquier equivocación.

Generalmente confundimos el corazón como *criterio* (de lo que estoy hablando), que es infalible (esta desproporción estructural es infalible, no me la he dado yo), y el corazón como *juicio*; y por lo tanto muchas veces el criterio se puede aplicar mal, como —en un ejemplo banal— una fórmula matemática para cierto tipo de problemas: es verdadera, pero se puede aplicar mal. Pero el hecho de que yo aplique mal la fórmula no quiere decir que la fórmula sea errónea, o que yo deba sospechar de la fórmula: debo en cambio aprender a utilizarla bien. El corazón es objetivo e infalible como criterio, pero es falible como aplicación, como juicio: puede ser mal aplicado. Los errores en su aplicación no pueden poner en cuestión la validez de la fórmula. Por eso, puesto que esto es decisivo para reconocer a Cristo —continúa don Giussani—, lo primero es tener un afecto a nuestro corazón, a nuestro yo, una ternura hacia nosotros mismos. «Una conciencia atenta, tierna y apasionada de mí mismo, es decir, de mi corazón, es lo que me permite admirar y reconocer a Cristo. Por tanto es esta ternura hacia mí mismo la que me puede ayudar a reconocer a Cristo», explica Giussani.

«El hombre tiene que decir “yo” con un poco del amor que le tiene. Aquel que le ha creado porque, si el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, no hay nada que le haga imitar mejor a Dios que el quererse bien a sí mismo»¹⁸. Y este amor a uno mismo no es a un yo abstracto, sino al propio yo concreto, tal como hemos sido hechos. El corazón es el instrumento fundamental para un camino humano. Por eso no es casualidad que Giussani lo introduzca al principio del recorrido humano (primer capítulo de *El sentido religioso*). No usar este corazón como criterio para juzgarlo todo, nos lleva a renunciar a juzgar, a la confusión total en la que a menudo nos hallamos. Como escribe Hannah Arendt: sin juzgar «todos los hechos pueden alterarse y todas las mentiras hacerse verdaderas. [...] La realidad [...] se ha convertido en un conglomerado de acontecimientos en continuo cambio y de frases hechas, de modo que una cosa puede ser verdadera hoy y falsa mañana. [...] Con lo que nos topamos no es con el adoctrinamiento, sino con la incapacidad o la negativa a distinguir entre hechos y opiniones»¹⁹.

Sin usar el corazón, sin comparar todo con el corazón, sobreviene esta debilidad del yo, este debilitamiento de la personalidad que nos hace cada vez más frágiles y confusos ante cualquier situación; la vida, que se nos da para emprender esta aventura apasionante de conocer cada vez más el significado de las cosas, juzgándolo todo con las exigencias del corazón, acaba en la confusión más absoluta.

«Vivimos –añade Finkielkraut– el tiempo de los sentimientos: ya no existe ni verdad ni mentira, ni estereotipos ni invenciones, ni belleza ni fealdad, sino una infinita oferta de placeres diferentes e iguales»²⁰. Es lo contrario de aquel que, habituado a usar el corazón como criterio de juicio, comienza a juzgarlo todo, como Guardini describe de modo genial: «Todo lo que es finito es defectuoso. Y el defecto constituye una decepción para el corazón, que anhela el absoluto. La decepción aumenta, y llega a sentirse como un gran vacío... Ya no hay nada por lo que valga la pena existir. No hay nada digno de que nos ocupemos de ello»²¹. Sentimos una insatisfacción particularmente violenta frente a cuanto es finito y por eso nos detenemos, nos asustamos, pero esto no es más que el primer paso. Continúa Guardini: «Es precisamente el hombre melancólico el que está más profundamente relacionado con la plenitud de la existencia. [...] El infinito da testimonio de sí en lo profundo del corazón. La melancolía es expresión de que nosotros somos criaturas limitadas, pero vivimos puerta con puerta con [...] el absoluto; [...] vivimos puerta con puerta con Dios. Estamos llamados por Dios, elegidos para acogerlo en nuestra existencia. La melancolía es el precio del nacimiento de lo eterno en el hombre. La melancolía es la inquietud del hombre que percibe la cercanía del infinito»²².

También Kafka reconocía el criterio del corazón como un «centro de gravedad»; así lo llamaba. «También yo, como cualquiera, llevo en mí desde el nacimiento un centro de gravedad que ni siquiera la más loca educación ha logrado desplazar. Este centro de gravedad lo tengo todavía, pero en cierta manera ya no está el cuerpo que le corresponde»²³. Incluso si ya no existe el cuerpo que le corresponde, el centro de gravedad sigue ahí; me doy cuenta de que ya no está este cuerpo precisamente porque siento el peso de este centro de gravedad.

Sin embargo incluso Kafka –que dice que no tiene este cuerpo que corresponda a este centro de gravedad–, lo desea. ¡Es increíble! No podemos dejar de desear, como afirma en los Aforismos de Zürkau: «Esta vida nos parece insoportable, otra nos parece inalcanzable. Ya no nos avergonzamos de querer morir, pedimos ser llevados de la antigua celda, que odiamos, a otra nueva, que pronto aprenderemos a odiar»²⁴. Es el mecanismo de costumbre: cambiar la circunstancia (de una celda a otra). Pero también Kafka, como todos, espera que durante el traslado el Señor pase por casualidad por el pasillo, mire a los ojos al prisionero y diga: «A éste no lo volváis a encerrar: se viene ahora conmigo». A él le gustaría que existiera el «cuerpo que corresponde»: alguien que se le acercara de camino entre una celda y otra. Y este cuerpo existe.

El corazón de Juan y Andrés «se había topado aquel día con una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, de belleza y de justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de presunción. Desde entonces, si bien traicionándole y malinterpretándole miles de veces, ya nunca le iban a abandonar, se iban a volver “suyos”»²⁵.

Existe un cuerpo que corresponde a este centro de gravedad que constituye el corazón, existe. Y, ¿por qué existe? Porque se hicieron «suyos» para siempre.

3. Cristo

¿Cómo reconocieron este cuerpo que corresponde a su centro de gravedad?

«Sólo somos capaces de reconocer –decía hace años el entonces cardenal Ratzinger– lo que encuentra en nosotros una correspondencia»²⁶. Nosotros podremos reconocer qué es lo que corresponde a nuestro corazón, el criterio último de juicio, sólo si encontramos en la vida algo que nos arrebate todo el corazón, y así nos haga suyos.

Este es el acontecimiento. «La verdad está únicamente –dice Werfel– en la potencia de un acontecimiento, y no en los clamores de los pensadores»²⁷. Lo único capaz de hacernos totalmente presentes, ahora, es algo que sucede. Ésta es la verdad: algo que sucede. Escribe Lévinas: «El Bien [...] se ha adueñado del sujeto antes de que el sujeto haya tenido tiempo –o sea, distancia– de elegir. No hay sometimiento más completo que este escalofrío que el Bien infunde repentinamente: sin duda, una elección»²⁸. Un bien que se adueña del sujeto: como la presencia de Cristo se adueña del corazón de Juan y Andrés. Ésta es la alianza entre Cristo y el yo: por una parte, el corazón, que no va a sucumbir a un cristianismo reducido a ética, a un discurso o a una organización, porque éstos no se apoderan del yo; por otra parte Cristo, que no puede ser reducido a ningún discurso, a ningún moralismo, porque éstos no hacen presente la realidad, no se apoderan del corazón.

Ser aferrados, llegar a ser Suyos es la verificación constante de si Cristo está presente o no. Hemos conocido a Cristo como lo conocieron Juan y Andrés, porque se daba una correspondencia. Cuando ésta no existe no hablamos de Cristo, hablamos de otra cosa. Se ve que reconocemos que se trata de Cristo por la capacidad del yo de ser tomado por entero, de estar presente en la realidad y ahora por entero, y esto requiere una presencia carnal, histórica. Como decía san Bernardo: «El amor del corazón

es en cierto modo carnal, pues el corazón humano se deja afectar más por la carne de Cristo y por lo que en la carne Cristo realizó e instituyó. [...] Y ésta es a mi parecer la razón principal de que el Dios invisible quisiera dejarse ver en la carne y vivir como un hombre entre los hombres: para atraer hacia el amor salvífico de su carne los afectos de quienes no podían amar sino carnalmente, y llevarlos de este modo, poco a poco, al amor espiritual»²⁹.

Es lo que nos ha recordado el Papa en la Encíclica: «La verdadera novedad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos: un realismo inaudito». Y de este modo nos atrae, nos atrae hacia sí, como atrajo a Juan y Andrés. Es siempre Él quien atrae, quien nos eleva hacia sí, dice el Papa, y de este modo nos hace suyos. «No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega»³⁰.

Aferrados. Lo decía don Giussani en el bellissimo texto «Página Uno» de Navidad: «Abandonarse a Otro, ser aferrados por el amor que Él nos tiene, cautivados por la Presencia de lo que ha ocurrido, pertenecer a Aquel que nos ha alcanzado [...] supone una ternura desmedida, mil veces más profunda y penetrante que el abrazo de un hombre a su mujer, de un hermano a su hermano»³¹.

«Uno» nos ha sucedido, nos ha tomado tan potentemente que nos ha arrebatado el corazón. Si no me siento aferrado así es imposible esta coincidencia: sigue existiendo una distancia entre el presente y yo. Y si no nos toma, ¿qué es entonces Cristo? ¿De qué hablamos cuando hablamos de Cristo? Nos parece una abstracción. Pero don Giussani nos dice: lo que se queda en una abstracción no es Cristo, porque Cristo es tan potente, tan real, tan fascinante que es más potente que el abrazo, mil veces más potente que el abrazo de un hombre a su mujer.

Un yo, con todas las exigencias del corazón, cautivado todo él por la presencia de Cristo; estas cosas no se comprenden razonando, sino mirando la experiencia. Uno se da cuenta de que todo está presente mirando la experiencia, como cuando está enamorado y se encuentra totalmente cautivado, en tensión ante el rostro de la persona amada, y se da cuenta, reparando en su propia experiencia, que está ahí, presente, con todo su yo. Por eso hay que considerar esta experiencia siendo consciente de la identidad –dice don Giussani– entre tú y yo, mejor aún, dentro de la conciencia de este acontecimiento que se ha adueñado de mí, de este Tú que está en mí. Y yo, ¿dónde estoy? Yo existo donde está un Tú así, donde hay un Tú de Cristo tan real como para cautivar todo mi yo.

Éste es el método no sólo del encuentro, sino de cada paso del camino; por lo tanto, si dejamos atrás el corazón no podemos reconocer a Cristo, porque el método ha sido siempre éste: un yo que constantemente sorprende en el presente que Cristo es lo que le corresponde. El corazón no es una complicación que omitir, sino el recurso para descubrir, para reconocer a Cristo. No es una premisa, sino el criterio para reconocer aquello que me corresponde.

«Durante muchos años –me decía una persona– tuve miedo de mi corazón, sentía mi corazón pero no sabía cómo tratarlo, me daba miedo. Ahora puedo mirarme y ver que no tengo miedo de mi corazón y al fin puedo tratarme de manera diferente, sin censurar ni esconder los sentimientos, empezando a decir “yo” con todo mi ser. No han desaparecido ni la dificultad ni el miedo, pero puedo ver un tramo de camino ya recorrido, que ahora se me indica y se ofrece a mi libertad». Y otra: «Unas líneas para comentarte la cena de la otra noche. Siento un inmenso agradecimiento, porque aunque el trabajo me gusta y todo me va bien, de vez en cuando parece que el corazón me va a estallar, porque desea un montón de cosas: estudiar arquitectura, hacer algo grande, estar con mi novio. Viendo que la vida va bien y que –como me hace ver mi padre– tengo que ser realista y práctica, ese entusiasmo inicial acaba enfriándose, y a veces soy la primera en considerarlo ingenuo [fijaos: si no corresponde, lo consideramos ingenuo, después de haber tenido un encuentro]. Estar frente a ti y a tus amigos, que vivís sin reducir el deseo que empuja a actuar, libera el corazón».

Un encuentro que vuelve a suceder en el presente y que, aunque lo considere ingenuo, libera de nuevo el corazón. Para acercarse a Cristo no hace falta un yo especial. «Acercarse al misterio requiere una sola cosa –explicaba Giussani en el texto sobre la Confesión–: la conciencia de nuestra ineptitud, que es algo más que nulidad, esa conciencia de nuestra incapacidad radical y traición continua, de nuestra pobreza culpable [...] de nuestro venir a menos y nuestra fragilidad connivente, conciencia de que no somos nada»³². Tú vas a ese encuentro como puedes, como el ciego de Jericó. «Al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. Muchos le regañaban para que se callara, pero él gritaba más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. Jesús se detuvo y dijo: “Llamadlo”. Llamaron al ciego diciéndole: “Ánimo, levántate, que te llama”. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego le contes-

tó: “Maestro, que pueda ver”. Jesús le dijo: “Anda, tu fe te ha curado”. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino»³³.

Es una belleza que persuade a los hombres de que se trata de una Presencia diferente. Es esta belleza la que nos arranca de la nada, es esta belleza la que logra arrastrar el yo y hacerlo presente. Lo recordaba el cardenal Ratzinger en su intervención en el Meeting de Rímimi de 2002, citando a Platón: «La belleza libera nuestro corazón de su adaptación a lo cotidiano»³⁴, de decaer en la nada, de no estar presentes ante nosotros mismos. Pero Platón no sabía cuál era la belleza, no daba nombre todavía a la belleza.

Un teólogo bizantino del siglo XV, Nicolás Kabasilas, da nombre a la experiencia a la que alude Platón. Dice: «Hombres que tienen dentro de sí un deseo tan potente que supera su naturaleza, y gritan y desean más de cuanto les está permitido aspirar; hombres que han sido tocados por el Esposo; Él ha enviado a sus ojos el rayo ardiente de su belleza. La amplitud de la herida revela ya el tipo de flecha y la intensidad del deseo deja intuir Quién es quien la ha disparado»³⁵.

Comenta Ratzinger: «La belleza hiere, pero precisamente por eso la belleza llama al hombre a su Destino último». Despierta el yo, lo hace presente. «El encuentro con la belleza puede llegar a ser el golpe del dardo que hiere el alma y con su impacto le abre los ojos, de tal forma que ahora el alma, a partir de la experiencia, tiene criterios propios de juicio»³⁶ para reconocer a Aquél que le corresponde.

Un cristianismo como belleza no puede dejar de herirnos constantemente y, sea cual sea nuestra condición, de abrir de nuevo una herida. Como uno no puede evitar que las montañas sean bellas; ningún poder de este mundo puede evitar que las montañas sean bellas; por lo tanto, ningún poder de este mundo puede derrotar al cristianismo: éste siempre, en cada uno de nosotros, reabrirá la herida, y a continuación nos volverá a aferrar. Ésta es nuestra esperanza. Es así como Cristo se vuelve cada vez más querido. «Toma mi alma –dice Jean Leclercq– e imprégna de Tu presencia»³⁷.

SANTA MISA

**SALUDO INICIAL DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR STANISLAW RYLKO,
PRESIDENTE DEL PONTIFICO CONSEJO PARA LOS LAICOS**

Queridos amigos:

Un cordial saludo a todos vosotros que os habéis reunido en tan alto número para la cita anual de los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad. Al veros, mi pensamiento se dirige a todo el pueblo del movimiento de Comunión y Liberación esparcido en la actualidad por setenta países de los cinco continentes y que en estos días se une idealmente en este tiempo fuerte de recogimiento, de oración, de meditación: un encuentro intenso con el Señor que reanima el espíritu, regenera las fuerzas, vuelve a llenar de sentido nuestro camino. Saludo a don Julián Carrón, al cual estoy profundamente agradecido por el don de su amistad y por la generosa disponibilidad a colaborar con el Consejo Pontificio para los Laicos. Y saludo al profesor Giorgio Feliciani, vicepresidente de la Fraternidad y consultor fiel del Consejo para los Laicos, que se vale desde hace años de su preciosa autoridad.

Contento por la invitación a presidir esta celebración eucarística, mi presencia entre vosotros quiere ser signo del profundo vínculo que, a través del Dicasterio que tengo el honor de presidir, os une a la Sede de Pedro, y quiere ser expresión de esa afectuosa paternidad de los pastores de la Iglesia –como a menudo me decía don Giussani en relación con el movimiento.

Escribe san Juan, como escucharemos en breve: «Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros» (1 Jn 1,8). Comenzamos, por tanto, nuestra celebración, poniéndonos en presencia de Dios en la verdad y reconociendo nuestros pecados. Con espíritu de arrepentimiento y de humildad digamos juntos: *Yo confieso...*

HOMILÍA

1. Queridísimos amigos: El que hace Ejercicios Espirituales entra en un tiempo distinto del normal –un tiempo sagrado, lleno de la presencia y de una particular cercanía de Dios. Los Ejercicios Espirituales son un verdadero *kairós*, el tiempo del paso del Señor que viene al encuentro de cada uno de nosotros personalmente. Son un tiempo en el que Cristo habla a nuestro corazón, de forma siempre nueva y cada vez más profunda, de las cosas más importantes para nuestra vida.

A esta cita con el Señor cada uno de nosotros llega con el peso de muchos problemas e interrogantes que nos inquietan, porque solos no conseguimos darnos una respuesta. Uno es, en particular, el objeto de vuestra meditación en estos días: «¿Dónde está la vida que hemos perdido viviendo?». Esta pregunta, que Eliot ha formulado con genial penetración, se propone con urgencia en nuestro mundo, un mundo dramática e irreflexivamente superficial, distraído, confuso. «¿Dónde está nuestra vida?, ¿dónde está mi vida?».

Queridos amigos, hoy es necesario vigilar para no verse defraudados por nuestra propia vida; para no abandonar la propia identidad, la propia conciencia y libertad en manos de una cultura laicista y laicizante, de ideologías de distinto cuño, del dictado de las modas, de los *opinion leader* de turno. El riesgo es real y debemos ser conscientes. Los Ejercicios Espirituales son, entonces, el tiempo para volver a tomar las riendas de nuestra propia vida, corregir si es necesario la ruta y asumir la responsabilidad de las propias elecciones ante Dios. Porque él es el verdadero garante de nuestra subjetividad, de nuestra libertad, de una vida plenamente lograda y feliz.

La necesidad de luz que cada uno de nosotros trae a la cita de los Ejercicios Espirituales –necesidad de luz verdadera, capaz de disipar todas las tinieblas de nuestra existencia–, es confortada por la tranquilizadora certeza que san Juan nos ha dado en la primera lectura: «Dios es luz sin tiniebla alguna [...] si vivimos en la luz [...] estamos unidos unos con otros» (1Jn 1,6). Los cristianos somos llamados a vivir en el abrazo de esta luz no como seres solitarios y aislados, sino en comunión con los demás, como pueblo, como Iglesia. En el tiempo de los Ejercicios Espirituales el Señor nos invita, por tanto, a dejar penetrar la luz de su palabra y de su amor en cada ámbito de nuestra existencia, cada rincón, incluso el más recóndito y profundo. Y nos invita a una comunión más profunda con él y con los hermanos. Dios es luz. Esta luz es la que nos transforma y nos hace renacer verdaderamente, la luz por la cual podemos encontrar de nuevo la vida “que hemos perdido viviendo”. Un milagro que sucede en el sacramento: en la Reconciliación y en la Eucaristía.

2. Si caminamos verdaderamente en la luz –escribe san Juan– estamos en comunión unos con otros. Todos nosotros tenemos necesidad de esta compañía, y tenemos particular necesidad de la compañía de los santos, maestros de vida de los que aprender muchas cosas. Justamente hoy celebra la Iglesia la fiesta de santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia y patrona de Italia. Humilde terciaria dominica, Catalina influyó no sólo en

la vida de su país, sino en la vida de la Iglesia en una época oscura incluso para el papado. Punto de referencia y conciencia crítica para los pontífices y para los grandes de su tiempo, poderosamente presente en los avatares del mundo y de la Iglesia, Catalina fue una gran contemplativa a la que Dios introdujo en los abismos de su misterio. Escribe de su íntima experiencia del Misterio: «Tú, Trinidad eterna, eres como un mar profundo, en el que busco cada vez más y cada vez más encuentro; y cuanto más encuentro, más crece la sed de buscarte. Tú eres insaciable; y el alma, saciándose en tu abismo, no se sacia, porque permanece en el hambre de ti, cada vez te ansía más, oh Trinidad eterna, deseando verte con la luz de tu luz. Yo he gustado y visto con la luz del intelecto en tu luz tu abismo, oh Trinidad eterna» (*Diálogo de la Divina Providencia*). Un extraordinario comentario místico a las palabras de Juan: «Dios es luz sin tiniebla alguna» (*1 Jn 1,5*). Como las vírgenes prudentes de la parábola evangélica, Catalina está llena de la sabiduría que viene de lo Alto y puede enseñar mucho a los hombres y mujeres del siglo veintiuno, afligidos por un activismo pernicioso por el cual pensamos que vivimos intensamente y sin embargo perdemos la vida. Esta santa, en la contemplación, nos muestra a todos una dimensión indispensable de la vida del bautizado. La sensibilidad hacia lo efímero, típica de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, contagia también a los cristianos, y a menudo olvidamos que existe un único modelo para “no perder la vida viviendo”, para no dejarnos despojar de lo que somos: vivir fuertemente anclados en Dios, injertados en él como los sarmientos en la vid, es decir, vivir como verdaderos contemplativos. Hoy se halla muy difundida una concepción de la contemplación que la identifica erróneamente con una huida de la realidad. No es así. Es justamente lo contrario: la contemplación del Misterio es luz que aclara las tinieblas y hace ver más y mejor; es por tanto el camino para volverse a encontrar como criaturas, como personas, como hijos de Dios; es el camino para volver a encontrar la propia vida. «Pues él es tu Señor, póstrate ante él» (*Sal 45 [44], 12*), hemos repetido en el salmo responsorial. El hombre nunca es más él mismo y más grande que cuando se postra en contemplación ante el misterio fascinante de Dios. Porque justamente es este acto de postración lo que exalta su dignidad, lo que le hace sujeto verdadero de sus acciones, lo que le hace verdaderamente presente allí donde late la vida del mundo. Y esto es algo que experimento cada vez que visito el monasterio trapense de Vitorchiano, inmerso en la oración contemplativa y extraordinariamente presente en el corazón de la vida del mundo y de la Iglesia. Los Ejercicios Espirituales son una ocasión privilegiada para descubrir de nuevo en la contemplación una dimensión cen-

tral de nuestra vida cristiana. La contemplación no es un añadido facultativo o accesorio, sino gesto necesario para todo cristiano, ya sea laico, sacerdote o religioso. ¡Todos somos llamados a convertirnos en “contemplativos en acción”! Queridos amigos, los que hoy estáis aquí os habéis anclado en el misterio de Dios a través del movimiento, un encuentro por el que habéis comprendido que sumergirse en Cristo es el camino para crecer en humanidad, para “ser más”, para ser cristianos más presentes, y presentes de una forma nueva, en la vida de la Iglesia y en el mundo, para reencontrar la vida que siempre corremos el riesgo de perder. Con ocasión de los Ejercicios Espirituales, por lo tanto, ¿cómo no dar gracias al Señor por esta importante pertenencia que verdaderamente ha cambiado la vida de cada uno de vosotros?

3. Concluyo con una breve referencia al acontecimiento eclesial que nos espera en Roma en la vigilia de Pentecostés: el encuentro del Santo Padre con los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades. Como el siervo de Dios Juan Pablo II, el papa Benedicto XVI tiene gran afecto por estas nuevas realidades surgidas en la Iglesia, y en su programa pastoral para la Iglesia reserva un amplio espacio al gran signo de esperanza que representan los carismas que el Espíritu Santo tan generosamente concede a la Iglesia de nuestro tiempo. El próximo 3 de junio movimientos eclesiales y nuevas comunidades son invitados a dar un testimonio común de su amor a la Iglesia y de su fidelidad a su misión en el mundo. El Papa desea reunirse con vosotros, y será una nueva y preciosa ocasión para escuchar su palabra magistral, siempre incisiva y penetrante. Es una cita importante a la que no podemos faltar. Gracias por la generosa colaboración de la Fraternidad a la preparación de este evento. ¡Hasta pronto en la Plaza de San Pedro!

ANTES DE LA BENDICIÓN FINAL

Carrón. Quiero dar las gracias en nombre de todos a su Eminencia Monseñor Rylko, ante todo porque Su Paternidad renueva y fortalece la experiencia de nuestro movimiento, no sólo en virtud de su ministerio, sino por una verdadera amistad.

Queremos también agradecerle por haber apoyado al Santo Padre Benedicto en su decisión de convocarnos en Roma el próximo 3 de junio: que esto nos ayude a ser cada vez más conscientes de que pertenecemos a Cristo y a la Iglesia, en la fidelidad al carisma de don Giussani.

¡Gracias!

Monseñor Rylko. Que estos Ejercicios espirituales produzcan abundante fruto en la vida de cada uno de vosotros. Y gracias una vez más por este bellissimo testimonio de fe que estáis dando aquí en Rímini en estos días. Es un gran signo de esperanza no sólo para todos vosotros, sino también para toda la Iglesia.

Mi saludo más cordial también para cuantos los siguen vía satélite. Estas tecnologías modernas hacen presente en nuestros tiempos el gran milagro de Pentecostés, esta presencia difusa del Señor en medio de nosotros.

De nuevo gracias y ¡espero veros en la Plaza de San Pedro!

Sábado 29 de abril, tarde

A la entrada y a la salida:

Antonín Dvořák, trío n. 4 en mi menor, op. 90 "Dumky"

Trio de Praga

"Spirto Gentil" (Universal)

Julián Carrón. Damos las gracias al Patriarca de Venecia, Su Eminencia monseñor Angelo Scola, por el mensaje que nos ha enviado:

«Queridos amigos, "Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora". Esta profunda afirmación de nuestro cada vez más querido Monseñor Luigi Giussani abre el corazón y la mente al cambio. Lo que está sucediendo ahora, de hecho, en la compañía de los que siguen a Aquél que ha muerto y resucitado por nosotros, es su presencia objetiva, que nos asegura el cumplimiento. El amor se ha hecho mandato porque, como nos ha recordado el Santo Padre en la *Deus caritas est*, Jesús se nos da como Misericordia viva y personal.

En la fe y en los sacramentos de la Iglesia se renueva también este año, con ocasión de los Ejercicios, el milagro de la resurrección de nuestro yo para bien de todos nuestros hermanos los hombres.

Que la Virgen Santísima acompañe la libertad de cada uno en aquel humilde "sí" a su Hijo Jesús, del cual mana, siempre renovada, la fascinación de la aventura cristiana.

En el Señor os saludo y os bendigo, Angelo cardenal Scola».

Saludo también por su participación a los obispos aquí presentes. A monseñor Gianni Danzi, arzobispo de Loreto; monseñor Luigi Negri, obispo de San Marino-Montefeltro; monseñor Giancarlo Vecerrica, obispo de Fabriano-Matelica; monseñor Domenico Graziani, obispo de Cassano en el Jonio; monseñor Piergiorgio Debernardi, obispo de Pinerolo y al Padre Massimo Cenci, subsecretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

La potencia de Su resurrección (Fil 3,10)

Sólo hay una posibilidad de que lo que acabamos de cantar —«Il nostro cuore non si è perduto»³⁸— sea verdad: tiene que haber Alguien presente

que corresponda de un modo inagotable a nuestro corazón. No uno cualquiera: Uno que nos corresponda. De otro modo, como a menudo sucede en la vida, algo nos interesa durante un tiempo, pero luego nos decepciona y, al final, nuestro corazón se extravía, se pierde. No basta uno cualquiera, debe ser Alguien que corresponde, y ése es Cristo. Y, además, Alguien que corresponde en el presente, ahora. Por eso tiene razón san Pablo cuando escribe: «Si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe»³⁹; sin embargo, Cristo ha resucitado: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»⁴⁰. Ésta es la posibilidad de que nuestro corazón no se pierda, sino que se cumpla.

1. La resurrección de Cristo

Es lo que sucedió por primera vez en aquel hombre, Jesús, como nos ha explicado el papa Benedicto en la Vigilia Pascual: «Ha resucitado, no está aquí». Esta afirmación del Evangelio nos anuncia que Cristo no se ha quedado en el sepulcro, su cuerpo no conoció la corrupción, pertenece al mundo de los vivos. Luego, el Papa explica: «¿En qué consiste propiamente eso de “resucitar”? ¿Qué significa para nosotros?». No significa sólo la reanimación de un cadáver. «La resurrección de Cristo es algo más, es algo diferente. Es –si podemos usar por una vez [dice el Papa] el lenguaje de la teoría de la evolución– la mayor “mutación”, el salto más decisivo en absoluto hacia una dimensión totalmente nueva, [...] un salto de un orden completamente nuevo, que nos afecta y que atañe a toda la historia»⁴¹.

¿Qué es –sigue preguntándose el Papa– lo que le sucedió a Jesús? «Jesús ya no está en el sepulcro. Está en una vida nueva del todo. Pero, ¿cómo pudo ocurrir eso? [...] Es decisivo que este hombre, Jesús, no estuviera solo, no fuera un Yo cerrado en sí mismo. Él era uno con el Dios vivo, unido a Él de tal forma que formaba con Él una sola persona. [...] Su propia vida no era solamente suya, era una comunión existencial con Dios y un estar insertado en Dios, y por eso no se le podía quitar realmente. [Porque] su comunión existencial con Dios era concretamente una comunión existencial con el amor de Dios, y este amor [al que Jesús se abandona] es la verdadera potencia contra la muerte, es más fuerte que la muerte. [Por eso] la resurrección –concluye el Papa– inauguró una nueva dimensión del ser, de la vida, en la que también ha sido integrada la materia, de manera transformada, y a través de la cual surge un mundo nuevo»⁴².

El hombre Jesús, que se había abandonado totalmente al amor del Padre, vio cómo este amor –cuando un hombre deja espacio a la potencia del amor de Dios– transforma el yo por completo: su comunión con el

Padre le permitió a Jesús vencer a la muerte; al fiarse totalmente del amor de Dios pudo ver la potencia de este amor y, por eso Jesús, resucitado, Jesucristo resucitado, puede hacerse compañero de cada uno de nosotros en cada instante de nuestra vida. Ya no estamos solos con nuestra nada, ya no estamos solos con nuestra fragilidad, ya no estamos solos con nuestras exigencias del corazón: nos acompaña Uno que está vivo ahora.

Los primeros que tuvieron la experiencia del significado de su resurrección fueron los discípulos. Los Evangelios no tienen miedo alguno en presentárnoslos tal como estaban tras la muerte de Jesús: desconcertados (dice el Evangelio de Mateo: «Todos los discípulos, abandonándole, huyeron»⁴³), amedrentados («estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por temor a los judíos»⁴⁴); las mujeres «huyeron del sepulcro, porque el temor y el estupor se habían apoderado de ellas»⁴⁵; los apóstoles estaban turbados y llenos de dudas —«¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?»⁴⁶— hasta el punto de que Jesús se ve obligado a reprenderles por su incredulidad; los discípulos de Emaús decepcionados («Nosotros esperábamos que Él sería el futuro liberador de Israel»⁴⁷).

Lo que marca la diferencia, de nuevo, es el presente. No les había bastado cuanto habían visto, no bastaron todos los milagros para no quedar amedrentados, turbados y decepcionados: la condena a muerte de Jesús les había trastornado de tal manera que había destruido su esperanza. El “nosotros esperábamos” habría quedado para siempre como un epitafio de su aventura con Jesús. El recuerdo de las cosas hechas en el pasado no bastaba para hacerlo presente ahora. Y si el presente no es potente ahora, el pasado empieza a alejarse y aparece la nostalgia.

Pero es un consuelo leer los Evangelios de la resurrección, porque Jesús no se escandaliza de esta fragilidad de los discípulos (por una parte, era normal: no todos los días se ve vivo a un muerto), se acerca a ellos y tiene que darles tiempo y signos para atraer todo su afecto.

Es impresionante la ternura de Cristo hacia cada uno de ellos: «Ven aquí, Tomás, ven aquí; trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado»⁴⁸. A María que llora: «“Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”». Ella, tomándole por el hortelano, le contesta: “Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré”. Jesús le dice: “¡María!”». Ella se vuelve y le dice: “¡Raboni!”»⁴⁹. En un instante María se hace totalmente presente, como nunca lo fue antes. O a Simón, abatido por el error de su traición, le hace una pregunta que le desarma: «Simón, ¿me amas?»⁵⁰. Todos podemos imaginar la sobrecogedora sorpresa de Pedro. No están solos con sus miedos, con sus llantos, con sus

errores. Con el paciente repetirse de las apariciones, de Su presencia viva, Jesús les permite a los apóstoles llegar al reconocimiento: «¡Es el Señor!»⁵¹, dicen estupefactos cuando le ven en la orilla desde la barca. Y, tras haber comido algo con Él, comenta el Evangelio de Juan: «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor»⁵². Cristo vivo es el que nos recupera sea cual sea nuestra situación, sin escandalizarse de nada.

«¡Es el Señor!». «“Cristo ha resucitado” –hemos leído en el comentario de don Giussani a la resurrección publicado en *Huellas*– es un juicio, [...] un acto del intelecto que excede el horizonte normal de la racionalidad y aferra y testimonia una Presencia que por todas partes rebasa el alcance del gesto humano, de la existencia humana y de la historia. Es nuestra inteligencia original, pobre, la que por naturaleza afirma la realidad que tiene delante, que se despliega ante ella; es una afirmación amorosa de la realidad»⁵³ que los discípulos tienen delante.

«Ha resucitado» es un juicio. No es un sentimiento, no es un estado de ánimo que mañana desaparece: ha resucitado, está, existe para siempre. «La fe hace que la inteligencia humana vaya más allá de sí misma. Y se da, solamente, por gracia. Creer es el acto de una inteligencia sostenida por el amor a lo real [o sea, por Su presencia], por una afectividad abierta [...] a lo que existe realmente, a lo que “está” realmente»⁵⁴.

Y para los discípulos, ¿qué es lo que está realmente? ¿Qué es lo que tenían delante con aquella presencia que era más potente que la muerte? ¿Qué puede ser “más ser” que estar vivo aquél a quien habían puesto en el sepulcro? Por eso, «es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico. Sabemos por los hechos que la fe de los discípulos fue sometida a la prueba radical de la pasión y de la muerte [...] de su Maestro [...]. La sacudida provocada por la pasión fue tan grande que [...] no creyeron tan pronto en la noticia de la resurrección. Los evangelios, lejos de mostrarnos una comunidad arrobada por una exaltación mística, nos presentan a los discípulos abatidos [o asustados, o confundidos]. Incluso puestos ante la realidad de Jesús resucitado, los discípulos [quedan estupefactos o, como Tomás], dudan todavía. [...] Por esto –concluye el *Catecismo*– la hipótesis según la cual la resurrección había sido un “producto” de la fe (o de la credulidad) de los apóstoles no tiene consistencia. Muy al contrario, su fe en la Resurrección nació –bajo la acción de la gracia divina– de la experiencia directa de Jesús Resucitado»⁵⁵.

Para recuperarles no basta un piadoso recuerdo, ni una doctrina, ni los milagros del pasado, ni una organización: ninguna de estas razones basta-

ría para explicar aquella fe, aquel recuperarse de los apóstoles. Fue Él, con Su grandeza, quien rescató a cada uno de su situación, como diciéndonos a cada uno de nosotros: «No tengáis miedo, amigos: sea cual sea la situación en la que uno se encuentre, yo puedo rescatarle si se abandona, si se deja abrazar por mi presencia». Pero somos frágiles, y esta afirmación amorosa de la realidad con la que hemos sido creados, esta afectividad abierta a todo lo bueno, a la verdadera realidad, como cuando éramos niños, se corrompe por nuestra fragilidad, se pudre, se llena de gusanos, se desenfoca y acaba desvaneciéndose.

Por eso, la Iglesia, que nos trae el mensaje de Cristo resucitado, que nos hace presente a Cristo resucitado aquí y ahora, reza así: «Custodia a tu familia, oh Dios, con la fidelidad de tu amor, y no dejes de sostener la fragilidad de nuestra existencia»⁵⁶. ¡Es necesario pedir! El corazón es exigencia, es decir, deseo; la verdad del deseo sólo se alcanza cuando se vuelve petición al Señor para que sostenga nuestra fragilidad en el reconocimiento de aquello que es, en la adhesión a Su presencia presente, petición de reconocimiento de Cristo, porque ya no existe la realidad sin Cristo. Estamos inmersos en el gran misterio de la resurrección de Cristo.

2. El Bautismo

«¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí?», se pregunta el Papa en la Vigilia Pascual. «Está claro que este acontecimiento no es un milagro cualquiera del pasado [...]: es un salto cualitativo en la historia de la “evolución” [...] hacia un mundo nuevo que, partiendo de Cristo, entra ya continuamente en este mundo nuestro, lo transforma y lo atrae hacia sí. Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí y atraer mi vida hacia Él y hacia lo alto? La respuesta, en un primer momento quizás sorprendente pero completamente real, es la siguiente: dicho acontecimiento me llega mediante la fe y el Bautismo. El Bautismo significa precisamente que no es un asunto del pasado, sino un salto cualitativo de la historia universal que llega hasta mí, tomándome para atraerme»⁵⁷. Fijaos en la expresión que utiliza el Papa: «tomándome para atraerme». «El bautismo es algo muy diverso de un acto de socialización eclesial, de un ritual un poco fuera de moda y complicado para acoger a las personas en la Iglesia. También es más que una simple limpieza, una especie de purificación y embellecimiento del alma. Es [...] renacimiento, transformación en una nueva vida. ¿Cómo lo podemos entender?». Sigue el Papa introduciéndonos en este misterio.

«Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí»⁵⁸. Esta es la explicación de lo que sucede en el Bautismo: «Vivo, pero ya no soy yo. El yo mismo, la identidad esencial del hombre [...] ha cambiado. El yo de san Pablo existe, pero ya no existe. Ha atravesado un “no” y sigue encontrándose en este “no”: *Yo, pero “no” más yo* [...]». Esta frase es la expresión de lo que ha ocurrido en el Bautismo. Se me quita mi propio yo para insertarlo en un nuevo sujeto más grande. Así, recupero mi yo, pero transformado, pulido, abierto por la inserción en el otro, en el que adquiere su nuevo espacio de existencia»⁵⁹.

Como veis, lo que dice el Papa es lo que nos ha recordado don Giussani: «Alguien nos ha sucedido»⁶⁰, se nos ha dado, dado hasta tal punto de insertarnos en su cuerpo, de incorporarnos a su carne, de morar en nuestra alma. «Vivo yo, pero no soy yo, eres tú quien vives en mí». Alguien ha tomado posesión de mí: Tú, oh Cristo, que estás en mí. Éste es el cambio del que hemos leído en la Escuela de comunidad: un yo, pero más que un yo: una exaltación ontológica del yo. Giussani utiliza la misma expresión del Papa: «Es un salto de calidad en la participación en el Ser»⁶¹. Ésta es la auténtica mutación que produce el Bautismo, que hace del yo una criatura nueva. Si uno está en Cristo, es una criatura nueva. Por eso, lo que cuenta no es la circuncisión o la no circuncisión, sino ser una criatura nueva, que vive cada instante con la conciencia de este Tú que se ha asentado en mí.

3. La Iglesia

Y así, cuantos son aferrados por Cristo en el Bautismo forman una sola cosa. Continúa el Papa: «Pero, ¿qué sucede entonces con nosotros? Vosotros habéis llegado a ser uno en Cristo, responde Pablo (*Ga* 3,28). No sólo una cosa, sino uno, un único, un único sujeto nuevo [No estamos solos, no hay un sujeto aislado, el cristiano no es un sujeto aislado, ¡eso no existe!] Esta liberación de nuestro yo de su aislamiento, este formar parte de un sujeto nuevo nos sitúa en la inmensidad de Dios; somos trasladados a una vida nueva. El gran estallido de la resurrección nos ha alcanzado en el Bautismo para atraernos. Quedamos así asociados a una nueva dimensión de la vida en la que [...] estamos ya de algún modo inmersos. Vivir la propia vida como un continuo entrar en este espacio abierto: éste es el sentido del ser bautizado, del ser cristiano. [...] La resurrección nos ha alcanzado e impregnado»⁶² para hacernos presentes ahora en Él.

Ésta, y no otra, es la tradición de la Iglesia. Como decía san Cipriano: «y pues Aquél que habita en nosotros es único, Él por doquier enlaza y

une a los que son suyos con el vínculo de la unidad»⁶³. ¡No estamos solos! Hemos sido aferrados, injertados en Su cuerpo. La Iglesia, de este modo, es el instrumento, es la modalidad con la que Dios se hace compañía para nosotros, y «Cristo sigue siendo [ha dicho también el Papa el Jueves Santo] contemporáneo nuestro: en el cuerpo de su Iglesia»⁶⁴.

Para recuperarnos no basta el recuerdo, como observa Lewis recordando a su mujer difunta en *Una pena en observación*: no basta el recuerdo, debo pensar más en mi mujer y menos en mí mismo. «Estoy pensando en ella casi siempre. Pensando en la realidad que era ella: en sus verdaderas palabras, miradas, risas y acciones. Y sin embargo es mi propia mente quien las selecciona y las agrupa. Ya ahora, a menos de un mes de distancia de su muerte, puedo percibir el lento e insidioso comienzo de un proceso que irá convirtiendo a la H. que recuerdo en una mujer cada vez más imaginaria. Claro que basándome en la realidad como me baso, no crearé nada totalmente ficticio, o por lo menos eso espero. Pero de todas maneras, ¿no resultará inevitablemente una composición cada vez más de mi propia cosecha? La realidad ya no está aquí para hacerme un chequeo, para agarrarme por las solapas, como ella, la real H., hizo tantas veces, tan de sopetón, a base de ser tan palmariamente ella y no yo. El regalo más precioso que me hizo el matrimonio fue el brindarme un choque constante con algo muy cercano e íntimo pero al mismo tiempo indefectiblemente otro y resistente, real, en una palabra»⁶⁵.

Si no es así, si Cristo no es real a través del cuerpo de su Iglesia, se reduce cada vez más a una imaginación nuestra.

No basta un recuerdo, hace falta una presencia carnal, histórica, irreductible, que constantemente –como dice el Papa– me aferre y me atraiga. Por eso la Iglesia, decía san Gregorio de Nisa, «es cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza del cuerpo, el que delinea el rostro de la Iglesia con su carácter; los amigos del Esposo, fijando su mirada en esta realidad [de la Iglesia], reciben una mayor capacidad para comprender: es más, por medio de la Iglesia pueden ver con mayor transparencia al Esposo mismo, quien por su naturaleza resulta invisible a su mirada»⁶⁶.

La Iglesia es el rostro en el que se refleja el Esposo mismo. Como nos ha dicho también el Papa en la Encíclica: «El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente en la Eucaristía»⁶⁷.

Nuestro yo está insertado en una compañía compuesta de hombres en los que Él se hace presente. Este lugar carnal, histórico, que es la Iglesia, nos alcanza a través del Movimiento, a través de nuestra Fraternidad, que

tiene como objetivo testimoniar la presencia de Cristo, alcanzarnos a cada uno de nosotros, en lo concreto de su vida, para despertar constantemente el corazón, para hacer presente a Cristo, para avivar Su memoria.

4. La memoria

El sujeto nuevo, la criatura nueva es quien vive de la memoria de Cristo, de uno que ha entrado en nosotros, que cada vez más define el propio yo, que se vuelve autoconciencia del yo, como el tú de la persona amada se vuelve contenido de la autoconciencia del yo. Un Tú que se ha establecido en mí. Ésta es la novedad que trae el Bautismo, nos dice también don Giussani: «Nuestro “yo” se confunde cada vez más con Cristo. Decir “yo” es decir cada vez más “Tú”, “Tú, oh Cristo” [...]. Crece la identidad entre nosotros y Cristo, crece la vida como memoria»⁶⁸. Vivir la memoria es vivir la presencia de Uno que me ha aferrado en el Bautismo, que se ha asentado en mí, que ha cobrado cada vez más forma gracias a una compañía que me lo hace familiar; porque la Iglesia es una compañía que no se puede adular por ninguna clase de reducción. Por eso podemos decir ahora con plena conciencia: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora», por amor a Uno que está sucediendo ahora. Sólo Alguien que sucede ahora puede atraer toda mi vida, arrebatar todo mi corazón y mi amor hacia Él. Esto es lo que colma la vida de silencio.

5. La moralidad

La moralidad no es algo que se añade a esto, sino el reconocimiento de este Tú, es ceder al atractivo victorioso de este Tú presente aquí y ahora, al imponerse de Su presencia. Y, como dice san Gregorio de Nisa, uno, mirándolo, «recibe la semejanza de aquello en lo que fija su mirada»⁶⁹.

Fijando nuestra mirada en Él llegamos a ser como Él.

Lo dijo genialmente Mario Luzi: «Ésta es la plenitud cristiana del destino: / estar preparados para el evento, dejar que su fuerza nos atraviese / para que pueda remodelarnos y recrearnos»⁷⁰.

Porque la verdadera inmoralidad no es la incoherencia, sino la impenetrabilidad, descrita por Werfel: «Nunca antes en mi vida, como en aquel instante, fui tan claramente consciente de la impenetrabilidad de los hombres. Pero no la percibía como un dato de la vida al que hubiera que acostumbrarse, sino como algo malo, contrario a Dios, como el obstáculo a todo amor, como el origen diabólico de toda desesperación»⁷¹. La impene-

trabilidad es el origen diabólico de toda desesperación, porque ni siquiera el pecado puede ser excusa ante Uno que se acerca a nuestro yo, haya hecho lo que haya hecho, y le pregunta: «¿Tú me amas?». Uno que se deja cautivar sólo puede decir como Pedro: «Tú lo sabes todo, Tú, Señor, lo sabes todo; sabes que te amo, que toda mi simpatía humana es para ti, oh Cristo»⁷². Entonces todo se apoya en Otro: «Tú lo sabes todo». No tengo nada en lo que apoyarme. Todo mi yo se apoya en Cristo.

6. Vivir intensamente la realidad

Este afecto a Cristo que arrastra todo mi Yo, es lo que permite vivir intensamente la realidad, permite estar totalmente, con todo mi yo, en el ahora. Es la presencia de Jesús que se ha hecho dominante, que se ha convertido en mi autoconciencia, que me permite estar con todo mi yo presente en lo real. No necesitamos huir, lo tenemos todo. Pero lo verdaderamente fascinante es que esto no anula nuestro yo, no anula el sentido religioso, sino que exalta nuestra razón, nuestra libertad y nuestro afecto, al permitir que nuestra razón no se encierre en su propia medida, sino que permita mirar la realidad sin poder quitarnos de los ojos Su presencia.

Es impresionante lo que dice don Giussani y que a veces pasa inadvertido: «Razón y afecto: éste es el corazón del hombre [...]. El corazón –entendido como racionalidad y afectividad juntas– es la condición para que la razón se ejerza sanamente. La condición para que la razón sea razón [apertura a la realidad según todos los factores], es que la revista la afectividad y, de esta manera, mueva al hombre entero»⁷³ e impida a la razón convertirse en su propia medida.

El hombre, cuando no usa la razón según su naturaleza, es incapaz de reconocer la Presencia dentro de la realidad, y entonces la consecuencia es el aburrimiento, como Julien Green describe: «El hastío profundo viene de la ausencia de Dios, [y, como si se corrigiese] o más bien de nuestra ausencia cuando Dios está presente, y siempre está presente, pero nosotros preferimos nuestras miserables evasiones, y en ellas morimos de aburrimiento»⁷⁴.

En cambio es precisamente la razón, prendida, abierta de par en par por el afecto a Cristo, la que nos hace tan presentes como para reconocer Su presencia en la realidad, porque Él siempre está presente. Pero hace falta que la razón no pierda su capacidad de ser verdadera razón. Si Dios está siempre en la realidad, toda circunstancia es provocación, es sugerencia, es signo que nos empuja a mirar nuestro interior, a reconocer el punto de fuga de la realidad, que es Cristo. Esto es lo que nos hace respirar en

las circunstancias, circunstancias que de otro modo serían sofocantes; esto es lo que nos permite vivir siempre con nosotros mismos presentes ahora, como dice una de vosotras: «La gracia que Él nos da al aferrarnos es de una fecundidad inimaginable. También yo, en mi mezquindad, me doy cuenta de que, si no fuera por la gracia que Jesús me da, no sería capaz de querer a quien me es dado, no lograría conmoverme por la gente que muere en los continuos atentados, no sería capaz de rezar por nuestros nuevos gobernantes. Cristo, [y esto es lo más hermoso], al hacerme una sola cosa con Él, me hace abrir los ojos a toda la realidad, y ya no hay nada que pueda resultarme ajeno».

¡Lo mejor está por venir! Ésta es la promesa para todos, y depende de que el afecto a Cristo venza tan poderosamente que ninguna circunstancia aparte a Cristo de nuestra mirada. Todo se juega en el espacio de mi libertad que dice “Tú” al Misterio. Decir “Tú” a Jesús es ser consciente de su constante ternura, que me sorprende cada mañana con la luz de un nuevo día.

«El yo nuevo se caracteriza por la capacidad de captar la verdad de las cosas [estos ojos abiertos de par en par] la verdad de la realidad; [...] un estar inmerso en la verdad de la realidad»⁷⁵. Y, ¿cuál es la verdad de la realidad? La realidad es Cristo. Pero, para nosotros, ésta es una afirmación abstracta.

Únicamente si Cristo se convierte en centro de mi afecto, como puede serlo el marido o el novio, uno comprende qué quiere decir que la realidad es Cristo, que todo lo que existe tiene como significado a Cristo. «¡Amor, amor!, claman todas las cosas»⁷⁶, «Todo consiste en Él»⁷⁷. Todo el mundo, toda la historia consiste en aquel hombre, vivo y resucitado, presente en medio de nosotros.

¿Quién eres Tú, Cristo? ¿Quién eres Tú, capaz de arrastrar todo nuestro yo y de hacer que todo se convierta en lugar de vida, un espacio en el que uno vive libre en medio de cualquier circunstancia? ¿Quién eres Tú? Estoy contento porque Tú existes. Soy yo porque Tú existes, Cristo. Por eso se despierta constantemente la pregunta: pero ¿Tú quién eres, Cristo? Esto es lo que hace razonable la fe, lo que hace razonable el cristianismo. Esto es lo que hace que uno se adhiera cada vez más a Cristo. La misión es poner en el mundo un sujeto así, no se trata de otras cosas.

Termino con esta frase genial de Ada Negri, en la que se resume cuanto quería decir en estos días: «Para mí / Tú fuiste y eres todo»⁷⁸. De cuántas personas podría uno decir: «Para mí tú fuiste todo», pero decir no sólo «fuieste», en el pasado, en aquel encuentro, sino «eres ahora», en el presente, esto es otra cosa. «Para mí / Tú fuiste y eres todo».

Domingo 30 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Misa en do menor K 427

H. von Karajan - Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil”, Deutsche Grammophon (Universal)

Don Pino. El anuncio del ángel tiene lugar ahora. Toda nuestra vida, en este instante, es alcanzada por esta fiesta de certeza, por este desafío a nuestra libertad. Así, no hay día en que estemos solos en el camino al destino. La consistencia de todo, de los rostros, de las cosas, es una Presencia amiga, amiga de nuestro destino de felicidad dentro de nuestra vida.

Angelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Giancarlo Cesana. La primera pregunta sobre las dos lecciones que hemos escuchado es representativa de la inmensa mayoría de las preguntas. Se refiere a una explicación que ya se ha dado pero que creo que sería oportuno retomar: «Si el corazón es infalible, ¿por qué se equivoca tantas veces?» A ésta yo añado otra para Carrón directamente: ¿Por qué desde que le ha sido confiada la responsabilidad sobre nosotros, y él la ha asumido, sigue insistiendo tan decididamente, con tal obstinación, sobre la cuestión del corazón, sobre esta palabra, «corazón»?

Julián Carrón. Porque para mí ésta ha sido una de las cosas más fascinantes desde que encontré el movimiento, ya que ponía en mis manos un criterio para hacer un camino.

Yo he repetido muchísimas veces a don Giussani: «Te estaré siempre agradecido porque me has permitido hacer un camino humano». No es que yo no tuviera fe: era cura desde hacía diez años cuando encontré el movimiento; nadie me podía decir que no me había tomado en serio la propuesta que me habían hecho, pero en mi experiencia había algo que no funcionaba, quedaba un dualismo de fondo que no me permitía estar con toda mi persona ante la realidad. Por lo tanto, me entusiasmó el

hecho de que, desde la primera página de *El sentido religioso*, cuando explica la cuestión de la experiencia insistía sobre el criterio que permite juzgarlo todo: lo que él llama «experiencia elemental», esto es, el corazón, con el cual cada uno de nosotros puede comparar todo cuanto sucede. Y para mí, desde entonces, ha sido una aventura fascinante, y yo quisiera que ninguno de vosotros se perdiese la oportunidad de hacerla.

Y me ha entusiasmado cada vez más, porque todo cuanto me ocurría empezaba a resultar útil para mi vida, porque aprendía siempre, incluso cuando me equivocaba; porque si algo no me correspondía, algo había aprendido: sé que no es esto, pero sé que hay algo que corresponde, y yo tengo el criterio para juzgarlo. Es decir, por medio del corazón yo podía juzgar siempre qué es lo que correspondía o no correspondía a las exigencias del corazón, y esto exaltaba cada vez más a Cristo.

A mí me interesa el corazón no por el corazón; me interesa por Cristo, porque es el único capaz de colmar el corazón, y uno cada vez está más fascinado por Cristo cuando puede comprobar la diferencia entre Cristo y cualquier otra cosa. Por tanto, puedo desafiaros a todos vosotros y a todo el mundo a comparar todo con el corazón, porque hasta que no encontréis a Cristo, no encontraréis al único en el que el corazón puede reposar. Porque la realidad se hace transparente en la experiencia. Yo había oído hablar de Cristo, pero la realidad de Cristo aparece de forma transparente en la experiencia, en la comparación con mi corazón. Por tanto no puedo dejar atrás el corazón cuando hablo de Cristo: yo descubro continuamente quién es Cristo contrastándolo con el corazón, porque de otro modo Cristo, como dice don Giussani, es un mero nombre. Como se hizo evidente para vosotros el valor de vuestra mujer o de vuestro marido en la correspondencia con el corazón: estaba ahí antes de conocerlos, pero, cuando os encontrasteis, se reveló su valor para vosotros en el juicio provocado por el encuentro. Pero esto no sucede solamente en el momento del encuentro, sino cada vez más a lo largo del camino, porque cuando uno comienza a caminar no por eso deja de equivocarse, sigue equivocándose, todos seguimos equivocándonos, pero cada vez percibimos qué es lo que no corresponde. Yo sé qué es lo que corresponde; porque, desde dentro de la experiencia, Cristo me dice: «Soy yo lo que te falta en todo lo que gustas, soy precisamente yo».

Volviendo a la pregunta: «Si el corazón es infalible, ¿por qué tantas veces se equivoca?». El corazón es infalible como criterio, no como juicio. Te equivocas porque aplicas mal el criterio infalible del corazón.

Es como si uno preguntara: ¿por qué, si la fórmula matemática es infalible para cierto tipo de problemas, uno se equivoca tantas veces?

Porque no has estudiado lo bastante: tienes que aprender, tienes que entrenarte. Pero no por eso pones en duda la validez de la fórmula: sigue siendo válida, infalible, pero puedes aplicarla mal.

Lo que me interesa no es el hecho de que la apliquemos mal, sino que tengamos esta certeza sobre su infalibilidad, porque, incluso cuando la aplico mal, en la experiencia sale a la luz el juicio, y si me equivoco, me doy cuenta. Por eso se ha hecho famoso el mítico ejemplo de los zapatos: es infalible porque tú no decides ni siquiera el número de tus zapatos. ¿Por qué? Porque el criterio para comprar tus zapatos es algo que te es dado, como el corazón: el pie te ha sido dado para que no compres ese par que está en rebajas. Inténtalo. Prueba a ver si el criterio es objetivo o subjetivo, prueba a comprar un par de zapatos porque está en rebajas, porque te gusta más o porque te ahorrarás un dinero... No decides tú, como no decido yo: el criterio me ha sido dado.

Cuando estoy enfermo, el criterio es infalible: tengo una enfermedad, me la encuentro encima, y este criterio es infalible por mucho que el médico intente curarme. Si el médico, que es un médico estupendo, me dice que haciendo esto o lo otro me curo, puedo decir: «Veremos; yo empiezo a hacer lo que usted me dice, pero si me corresponde no lo decide usted, doctor: lo decide la realidad, que es la que decide si este tratamiento, si estas medicinas que usted me da me curan». El criterio está dentro de mí, es infalible. Si el médico no me da lo que corresponde a esa enfermedad, no me curo; seguiré con ella para siempre, y éste será el criterio con el que juzgar si lo que el médico me dice puede curarme, o sea, si me corresponde, si el tratamiento que me aplica es el que corresponde a la enfermedad que tengo.

Nos encontramos hechos de un cierto modo, un modo que nos ha sido dado, con un deseo de infinito, y, quieras o no quieras, como decía don Giussani, con esto es con lo que juzgamos todo, absolutamente todo, hasta tal punto que cualquier cosa, si no corresponde a ese deseo, antes o después deja de interesarme. Fíjate en cuántas cosas tienes en tu habitación que por un tiempo te han interesado y luego las has olvidado: no tienen bastante valor para seguir siendo interesantes, y por eso, decaen.

Por esto digo como síntesis: en la vida hay una única cuestión. Si hay algo que sigue siendo interesante a lo largo del tiempo, toda la eternidad, interesante para el corazón, es este deseo de infinito; porque si no, podemos decir lo que queramos, pero si no es así, el nihilismo vence antes o después; no hay nada capaz de interesarme para siempre.

Yo os desafío. No quiero resolveros el problema, como he dicho tantas veces. Solucionadlo: tenéis el corazón, habéis encontrado a Cristo, haced

continuamente esta verificación y decidme si encontraréis algo que os corresponda más. Yo no he venido aquí para ahorraros a ninguno de vosotros el drama de la vida. Todo lo contrario, para despertar el drama en todos nosotros. No es por desinterés, sino porque es algo de lo que debemos hacer experiencia nosotros mismos, porque si no, antes o después al final no nos interesa la fe.

Eres tú quien tiene necesidad de esta certeza de Cristo para vivir, para despertarte cada mañana, y esto sólo puedes lograrlo si haces esta experiencia. Me interesa esto porque está en juego el vivir. El problema no es el moralismo en el que todos estamos incrustados: esto no es nada respecto del verdadero problema. El verdadero problema es el nihilismo. O tenemos una respuesta a esta situación, o nos podemos volver a casa vendidos, derrotados.

Tenemos una respuesta al nihilismo. Pero es algo que debe descubrir cada uno en una relación única, personal, con Cristo presente aquí y ahora entre nosotros.

Cesana. No nos podemos esconder detrás de Dios, o del movimiento, o detrás de la sotana, o tras la propia vocación. Y esto nos lleva a la segunda pregunta: «¿Por qué la libertad tiene miedo de este corazón infalible?». Yo lo formularía con otras palabras: la cuestión es que la ley escrita en el corazón es lo que nos permite la libertad. Y vemos que, en efecto, tenemos miedo de la libertad, porque pedimos instrucciones, recetas.

Carrón. La libertad no tiene miedo del corazón infalible, porque la libertad es la experiencia de la satisfacción del corazón.

Yo, como siempre hemos aprendido, tengo la experiencia de ser libre cuando logro satisfacer un deseo. Tengo la experiencia de la libertad cuanto hago experiencia de satisfacer mi deseo humano, que es el deseo de infinito. El corazón no tiene miedo de esto, la libertad no tiene miedo de un corazón que reconoce lo que le corresponde y dónde encuentra su satisfacción. De lo que tiene miedo es de la imagen que nos hacemos de la libertad, que haciendo lo que queramos seremos más nosotros mismos, seremos más libres. Verifícalo. Verificad cuándo sois más libres, y os daréis cuenta de que somos más libres cuando encontramos esta correspondencia con el corazón, y en esto el corazón es infalible. Por eso la libertad juega a favor del corazón.

Cesana. «¿Qué significa que el afecto impide a la razón ser la medida?»

Carrón. Bellísima esta pregunta. Pongamos dos ejemplos.

En España, cuando yo estaba de profesor en un colegio, un chaval tuvo un accidente, y llegaron todos sus amigos bachilleres un poco inquietos: «Pero, ¿cómo puede Dios permitir esto?». Yo les dije: «Depende de cómo enfoquemos lo que ha pasado», y les puse este ejemplo, que luego he contado miles de veces: si tú, cuando vuelves a casa, encuentras a un desconocido que te da una bofetada, ¿qué haces? Uno, que era bastante enérgico, dijo: «Le devolvería dos». Digo, «¿y si cuando llegas a casa es tu madre la que te lo da?». Quedó bloqueado y dijo: «Le preguntaría por qué». ¿Qué es lo que le ha permitido esta apertura a este chico? El afecto a su madre. El afecto a su madre le ha impedido cerrarse en su propia medida.

Otro ejemplo: los discípulos. No es que los discípulos hubieran entendido mucho más que los que se marcharon cuando oyeron a Jesús hablar del pan de vida. ¿Por qué se quedaron? Por aquella experiencia de afecto a Cristo: «Si nos vamos, ¿a dónde iremos?». Éste es el afecto que impide a la razón ser su propia medida. «Como no lo entiendo, me marchó». Es el afecto el que impide esa medida.

Cuanto más se encariña uno con Cristo, cuanto más se apega uno a Cristo, tanto más difícil es quitarse a Cristo de los ojos y del corazón en su relación con la realidad, como el niño con su madre, como los discípulos con Jesús, de tal forma que la razón ya no puede ser la medida. ¿Por qué?, porque este apego a la madre, o a Cristo, impide que la razón llegue a ser la medida, y hace que la razón se abra de par en par a la realidad.

Esto es lo que nos permite vivir las circunstancias de un modo verdadero, porque cuando uno se encuentra ante las dificultades o en situaciones en que las circunstancias parece que no dejan respirar, si tiene afecto a alguien (a vuestros hijos, o a vuestro marido), si surge la pregunta de si vale la pena vivir: ¿En qué piensas? ¿Qué es lo que te impide sucumbir a tu propia medida? El afecto al hijo o al marido.

La cuestión es si hay algo verdadero que nos abraza en cualquier circunstancia, y a lo que estamos apegados tan poderosamente como para evitar que la razón se convierta en nuestra medida. Y por eso, sólo una familiaridad con Cristo cada vez mayor puede impedir que toda la realidad se reduzca a nuestra propia medida, porque todo, como siempre nos ha enseñado don Giussani, todo nos habla de Él, también en los momentos más duros de la vida. Es como si la dificultad, la enfermedad, el dolor, no tuvieran la fuerza de cerrarnos, porque el apego a Cristo es tan potente que ni siquiera el dolor más grande es capaz de separarnos de Él, como le sucedió a Cristo en la pasión: ni siquiera su pasión y muerte pudieron

separarle del amor al Padre. Entonces, dejando abierta esa posibilidad al Misterio, el Misterio actúa.

Todo se juega en el afecto. No porque el afecto lo sea todo, sino porque el afecto, como dice don Giussani, es lo que hace posible que la razón no pierda su propia naturaleza: apertura a la realidad según la totalidad de los factores. Sin esto, la razón inevitablemente, cuando no entiende o cuando el dolor es demasiado grande, se convierte en medida: como no lo comprendo, no tiene sentido. ¡No! Uno que ha encontrado a Cristo, que está totalmente apegado a Él y no por ingenuidad, sino porque ha verificado su fe, tendría que arrancarse de los ojos, de la piel, del corazón todo lo que ha visto, para dejarse encerrar en la realidad como medida.

La verdadera cuestión es si nosotros, en la vida, hacemos un recorrido que nos permite apegarnos cada vez más a Cristo, de manera que ningún hecho, ningún dolor, ninguna circunstancia, pueda cerrarnos, romper el vínculo que hace que la realidad esté abierta de par en par al Misterio. Esto es lo que dice don Giussani cuando afirma que la Iglesia nos educa en el sentido religioso, en esta apertura de la razón que no se cierra. Sin apego a Cristo, sin el afecto a Cristo, somos unos pobre hombres y, cuando no entendemos, decimos: «No tiene sentido»; la razón se hace medida. Es este afecto el que nos mantiene abiertos de par en par a Cristo, y así podemos ver la realidad como signo, que siempre tiene un punto de fuga.

«Amor, amor, todas las cosas claman»: todo nos habla de Él, porque la realidad es Cristo, no porque seamos visionarios, y esto nos permite vivir la realidad tal como es, precisamente como es, según su naturaleza de realidad, esto es, de signo del Misterio. Pero la condición para vivirla así es el afecto a Cristo. Por eso era necesaria la encarnación, para que el yo pudiera apegarse a la carne de Cristo, al afecto a Cristo, de tal manera que pudiera entender qué quiere decir que la realidad es Cristo. Éste es el camino que hicieron los discípulos; no es que Jesús les hubiera dado un curso de filosofía para que llegaran a entender que Él era el sentido de todo, que Él hacía que todo fuera interesante. Viviendo con Él, entonces entendieron: «La realidad es Cristo. Todo ha sido hecho por Él. Todo tiene en Él su consistencia».

Cesana. Por otra parte, la palabra *affectus* quiere decir en latín “golpeado”. Por lo tanto el afecto quiere decir dejarse tocar, o sea, aceptar que no somos la medida de la realidad, sino que la medida de la realidad es Otro. Todo el problema es aceptar el golpe: no evitarlo, sino aceptarlo.

«“Para mí el presente nunca es ahora”, escribe Greene. En la introducción Carrón ha dicho: “Es fácil: basta dejarse arrastrar por Su presencia

entre nosotros”. Pero, si es fácil, ¿por qué para mí el presente nunca es ahora?».

Me viene a la mente la otra palabra que se usa como sinónimo de “fácil”, que es la palabra “sencillo”, y recuerdo siempre que una vez pregunté a don Giussani: «¿Qué hay que hacer para ser sencillo?» y el me contestó: «Para ser sencillo hay que ser decidido». Por lo tanto, nunca vivimos el presente porque no estamos decididos a vivirlo.

Carrón. Uno no se deja arrastrar.

Cesana. No se deja tocar. Ésta es precisamente la enfermedad de nuestro siglo –pienso en aquel bellissimo ejemplo sobre Chernobyl que don Giussani puso a los universitarios en 1987 para describir a los jóvenes que están vacíos de afecto, esto es, de capacidad de apegarse, de capacidad de dejarse tocar–: la ineptitud. «Quisiera entender mejor la cuestión de la impenetrabilidad. ¿Es un trabajo educativo el que permite la sencillez del corazón?». Para mí, encontrar el movimiento y vivirlo ha sido romper una ineptitud, que no es la impenetrabilidad: la ineptitud quiere decir que no se entiende; la impenetrabilidad quiere decir que uno se opone a entender. Es otra cuestión. Y, señalo, tengo que dar las gracias a todos cuantos me habéis ayudado a vencer mi ineptitud, porque la educación es el desarrollo del núcleo originario de una persona; porque la propuesta debe esperar a que la libertad abra brecha, la propuesta debe esperar a que uno se abra.

Sí, debo agradecer a todos los que he tenido cerca, porque he entendido; sobre todo pienso en la relación que he tenido con don Giussani, porque me esperó, esperó a que apareciese yo mismo, no quiso imponerme lo que él pensaba. La impenetrabilidad, en cambio, es una oposición a la propuesta.

Carrón. La impenetrabilidad, para decirlo con las palabras que acaba de utilizar Cesana, es no dejarse tocar; que, diga lo que diga la realidad, aunque me ponga ante lo más hermoso, no lo acepto. Por eso me encanta aquel ejemplo de los muchachos en la plaza que os repito siempre que nos vemos. Jesús les reprende porque ésta es la impenetrabilidad, es el cerrarse del yo que no se deja tocar, que no se deja salvar.

Cesana. En los adultos, esto es tremendo.

Carrón. Exacto. Jesús, entre otras muchas cosas, insiste en que hay que ser niño en este sentido, en esta apertura: «¿A qué compararé esta

generación?». ¿Quiénes eran? Los que no veían: veían todos los milagros que hacía, pero no se dejaban tocar. Éste es el punto: no que yo sea frágil. Nosotros pensamos que la impenetrabilidad es como la fragilidad. Pero Él no se escandaliza de nuestra fragilidad...

Cesana. O que sea como una ineptitud...

Carrón. Los apóstoles eran fragilísimos, metían la pata una y otra vez: cuando no se enfadaban con uno, discutían entre ellos quién era el primero, o querían hacer bajar fuego sobre los samaritanos; montaban una tras otra, pero éste no es el problema.

Nos ocupamos siempre de la ética, y el problema no es la ética: el problema es la ontología, la relación con lo real. Porque si yo tengo un corazón con un deseo de infinito, no puedo responderme solo: tengo que aceptar, dejar entrar a Otro; y si soy impenetrable no dejo entrar a otro. Ésta es mi condenación. El infierno es esto, esta impenetrabilidad última.

Cesana. Es la soledad.

Carrón. Es la soledad, la ausencia de vínculos. Por esto Jesús dice: «Los hombres de esta generación, ¿a quién los compararé? ¿a quién son semejantes? Son semejantes a los muchachos que, sentados en la plaza, invitan a los otros diciendo: ¡Os tocamos la flauta y, [vosotros, como si nada], y no danzasteis; os cantamos lamentaciones y, [vosotros, como si nada], no llorasteis!», o sea, no os dejáis tocar. Y luego dice: «Porque vino Juan el Bautista [una figura ascética] que no comía pan ni bebía vino y decíais: ¡Tiene un demonio! [un tipo extraño, raro, este tío]; vino el Hijo del Hombre [como todos los demás, que no es asceta, y va a cenar cuando le invitan], que come y bebe, y decís: es comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores [o sea, que trata con todos]» (*Lc 7, 31-34*). No hay nada que hacer: hagas lo que hagas, yo, impenetrable.

La cuestión es la relación con la realidad. Jesús recrimina a los fariseos, porque son impenetrables, no se dejan tocar, golpear por lo que sucede delante de sus ojos. Éste es el punto, esto es lo que debemos pedir, porque todos nosotros hemos sido hechos, creados abiertos de par en par, con la curiosidad de un niño. ¿Por qué luego nos cerramos? Ésta es una decisión de la libertad. Uno puede educar si el otro está disponible. Don Gius decía que la libertad puede ser educada en esta disponibilidad a dejarse tocar y en esta aceptación de lo real tal como nos viene dado, sin poner trabas en la relación con lo real. Uno puede educar, si el problema es de fragilidad, pero no si es de impenetrabilidad, si he decidido que, pase lo que pase, nadie me va a mover. Esto es el infierno. Debemos pedir a la Virgen no que no nos cerremos, no que no seamos frágiles, sino que no nos hagamos impenetrables a Su presencia, a la belleza de Su atractivo,

porque la última palabra sobre nuestra fragilidad es siempre la misericordia; el problema es si también somos impenetrables a Su misericordia.

Cesana. «Si en la experiencia se percibe que el corazón es infalible, ¿qué quiere decir hacer experiencia?».

Carrón. Leed el primer capítulo de *El sentido religioso*. Hacer experiencia es probar algo, pero no sólo probar algo: es emitir un juicio sobre lo que probamos, porque si no, no sirve de nada.

Muchas veces, dando clase en el colegio por la mañana, los chicos me hacían muchísimas preguntas. Y luego, por la tarde, me reunía con adultos; recuerdo todavía a uno de ellos, una persona que había recorrido el mundo de aquí para allá, y me hacía las mismas preguntas que me habían hecho los chicos por la mañana: había probado muchísimas cosas, pero no había aprendido nada.

No se puede vivir así. ¿Por qué? Porque no basta probar las cosas. Por eso tantas veces la vida de un adulto, si no juzga, se hace confusa, no sabe ya cómo actuar y hasta lo justifica: «Es que ahora soy más consciente de la complejidad de la vida». ¡No! No estamos condenados a esto: es pura pereza. Tenemos que llamar a las cosas por su nombre. Si uno no hubiera encontrado a alguien que le propusiera un método, yo lo entendería, pero no podemos decir eso, porque tenemos un método para vivir. No hay nada más inteligente en el carisma que esto.

El carisma de don Giussani, como siempre nos ha dicho, es una pedagogía, un método pedagógico, no para reemplazarnos, sino para ayudarnos a vivir, para que todo sea nuestro, nuestro cada vez más, y puede ser nuestro únicamente si utilizamos el método. Y para probar algo y emitir un juicio hace falta un criterio de juicio: el corazón, la experiencia elemental, algo que está dentro de nosotros y que nosotros no podemos manipular: la experiencia elemental.

Si tenéis un mínimo de estima por vosotros mismos, pedid que se os explique bien qué es la experiencia, porque si no, volvemos siempre sobre el mismo tema; porque es decisivo como instrumento para vivir, porque todo cuanto sucede en la vida construye la vida, pero sólo si se hace experiencia, si uno puede juzgar todo lo que le pasa.

Cesana. «Si el Bautismo es el factor que nos injerta ontológicamente en la vida de Cristo resucitado, ¿qué valor tiene nuestro encuentro personal con el movimiento de Comunión y Liberación?, y ¿qué es lo que facilita poder decir hoy: “Para mí, Tú fuiste y eres todo” para quien, como nosotros, recorre este camino desde hace años?».

Permitidme que responda partiendo de la experiencia.

Recuerdo una afirmación que hizo don Giussani hace varios años, cuando dijo que el carisma existencialmente es anterior al dogma. ¿Qué quería decir? Para mí, con 17 años, el cristianismo estaba muerto, y ha sido don Giussani quien lo ha hecho revivir. Por eso nosotros decimos, yo digo, que don Giussani es un carisma: ha hecho vivir aquello que de otro modo no existiría. Es la acción del Espíritu Santo la que resucita lo que de otro modo ya no existiría. Este hacer revivir es anterior a la definición; existencialmente, yo debo empezar a vivir para entender qué es lo que define mi vida. Al encontrar el movimiento, he entendido mi vida, me he dado cuenta de qué es lo que significa mi vida, y por lo tanto, qué significa el Bautismo, que me había sido dado como una llamada al ser, y a ser para siempre. El Bautismo es la mutación más sobrecogedora, porque es lo que nos introduce en la vida eterna, lo que introduce en la realización del deseo que tenemos. Me permito citar un episodio: después de morir mi mujer, fui a ver a don Giussani; yo estaba en una silla de ruedas, y él entró en la habitación también en su silla de ruedas. En un momento dado empezamos a hablar de Abraham. Estaba también Vittadini, y estaban también otros amigos, y yo le dije: «Mira, estamos hechos una piltrafa, y mira Abraham, qué historia tan dramática y atormentada vivió. Entonces, la fe, el Bautismo, ¿qué diferencia introduce en la vida, si luego vivimos así?». Quedó callado un momento pensando y luego exclamó: «¡Pero está el yo!». Abraham es el origen del yo, el origen de un hombre que reconoció que era amado por Dios. A nosotros nos pasa lo mismo que les pasa a los demás, somos como todos los demás, pero somos amados, hemos sido llamados, nuestro padre y nuestra madre nos han introducido en esta vida para siempre. Por lo tanto, toda la vida se recorre como un designio, un designio sobre nosotros, como algo que se cumple, suceda lo que suceda. Hay un salmo que dice: «Te haré como muro de bronce: lucharán contra ti pero no podrán vencerte»; y es por esta conciencia de lo que soy, de que soy amado por Alguien más grande que yo. Por eso el encuentro con Comunión y Liberación es decisivo, porque sin encuentro, sin que se suscite el yo, sin la conciencia de la vida, no hay nada.

Carrón. El encuentro nos hace reconocer, nos hace conscientes de qué es lo que realmente ha sucedido en el Bautismo. El Bautismo es la acción potentísima de Cristo por la que Él me dice: «Tú eres mío». Y desde entonces, como decía hace años don Giussani, Cristo empieza esta lucha para conquistarme, convirtiendo la historia de nuestra vida en el intento de despertar el afecto a Cristo de modo tal que llegue a ser existencial lo que ya sucedió en el Bautismo.

Y esto es decisivo. Lo que sucedió en el Bautismo, que muchas veces lo reducimos solamente a un sentimiento (tal como lo sentimos, parece que sea igual a nada); cuando la vida te pone realmente en un aprieto, cuando no siento nada, o cuando he cometido errores gravísimos, hasta el punto de escandalizarme de mí mismo, ¿qué es lo que me define en ese momento? Lo que me define es el abrazo de Cristo en el Bautismo, que ni siquiera mis errores, sea lo que sea lo que he hecho, pueden romper. No hay nada que yo pueda hacer para cambiar la actitud de Cristo para conmigo.

Por eso, el Bautismo, aunque yo dijera una herejía, no se repite. Cuando los primeros cristianos eran perseguidos y abjuraban de su fe ante el emperador –porque eran frágiles–, el Bautismo no se repetía. Puedo ser frágil todo lo que queráis, hasta el escándalo de mí mismo, pero la potencia de Cristo en el Bautismo es más grande, y ni siquiera mi mal la vence. Las madres lo comprenden estupendamente: ¿qué puede hacer un hijo que pueda alterar, cambiar vuestra actitud hacia vuestro hijo? No estamos hablando de cosas raras, estamos hablando del poderoso amor de Cristo que me aferra en el Bautismo, y es esto lo que vence todo. Porque cuando yo estoy hundido en la nada, hasta el punto de que no puedo ni mirarme a mí mismo por vergüenza, en ese momento puedo decir: «¿Qué es lo que me define? Es el abrazo de Cristo, el haber sido aferrado por Cristo, y, incluso después de mis errores, de las estupideces que he hecho, permanece»; y se vuelve a empezar desde aquí.

Lo importante no es que nosotros no hagamos las mismas estupideces que los demás, sino que, una vez cometidas, podemos levantarnos de nuestras cenizas porque hemos sido queridos, y el Bautismo es el signo y la expresión de este haber sido queridos. Por eso, el Papa no ha reducido el Bautismo a algo banal; es algo muy distinto de un acto de socialización eclesial o de un simple lavatorio de purificación; es mucho más: es estar aferrados por Cristo para siempre. Esto lo define todo, sean cuales sean nuestros sentimientos: «No me dice nada...». Y, ¿qué importa lo que te diga? La cuestión es: ¿Es así, o no es así? Esto es lo que ha sucedido en el Bautismo para siempre, y el carácter del sacramento permanece para siempre como signo único de Cristo. Esto es lo que da seguridad al vivir. ¿Quién puede fundamentar la seguridad de su vivir en lo que él mismo hace? Siempre estamos en manos de nuestros miedos. La seguridad del vivir está precisamente en este gesto de Cristo que me ha aferrado para siempre, y por eso puedo volver a empezar. Y, ¿dónde se me introduce en esta conciencia de lo que es el Bautismo? En el carisma, en la Iglesia.

Cesana. «¿Qué quiere decir amar a Cristo, estar enamorado de Cristo? Es como si no estuviera claro el objeto (la unidad, la Iglesia). Yo sé lo que es la pasión por mi marido y por mi hijo, pero no sé qué es la pasión por Cristo. Si tuviera que elegir entre que mi hijo sobreviva y el hecho de que Cristo verdaderamente haya resucitado, elegiría lo primero...». ¡Y así moriréis tú, tu hijo y tu marido!

Carrón. A veces no sabemos lo que decimos. ¿Quién te ha dado y quién te da a tu hijo? ¿Quién te lo sostiene? ¿Quién puede llevarlo a su plenitud? Ésta es una de las cosas más sobrecogedoras que existen, que más me impresiona. Cuando un padre tiene en sus brazos a su hijo recién nacido, puede que en ese momento le dé igual su propia vida como adulto, su propio destino de felicidad, pero no puede dejar de temblar al pensar qué será de ese niño. Tú, ante ese temblor, ¿tienes algo que ofrecer como respuesta exhaustiva al destino de tu hijo? ¿Qué sería de tu hijo si no encontrara una razón para vivir? Te reprocharía el haberle hecho nacer.

Cristo no está en contraposición a tu hijo: Cristo murió y resucitó por tu hijo y por ti, para que tu hijo tenga una razón para vivir.

Cesana. «Has dicho que Cristo resucitado es un juicio. ¿Qué quiere decir esto en la realidad de cada día?».

Carrón. Que yo no puedo reducir la realidad a apariencia, a lo que en ese momento me parece, sino que la realidad está hecha de Cristo, que «en Él está la consistencia». Y a esta certeza llegaron los discípulos precisamente porque Cristo venció a la muerte.

Cesana. Si no existiera Cristo, la realidad se derretiría.

Carrón. Exacto. ¿Qué experiencia de Cristo tuvieron los discípulos? (¡Porque no fueron a un curso de filosofía!) ¿Qué experiencia tuvieron de la relación con Cristo que les llevo a decir que todo había sido hecho en Cristo y por Cristo? Y todo sólo en una relación.

Cesana. Cito la frase de Spinoza que leí ayer en *Il Foglio*, que decía que cualquier cosa, independientemente de lo que sea, tiende a permanecer, es un deseo de inmortalidad, de valor eterno. Porque si la realidad no tiene este valor, si yo no tengo este valor, la apariencia vence, porque yo soy apariencia: ahora me veis y dentro de un tiempo ya no me veréis; ¡esperemos que me veáis durante bastante tiempo!

Carrón. Y esto se ve de nuevo en los momentos decisivos de la vida. Cuando murió mi padre, yo no quería apartar la mirada y consolarme. Quería mirarle y quería saber si eso era todo o no. Porque si no, debemos apartar la mirada y distraernos. Pero si yo puedo mirar el cadáver de mi padre hasta decir, mirando hasta el fondo la realidad: «Hasta el fondo, en el fondo, la realidad es Cristo», entonces puedo mirar a la cara todo, absolutamente todo. De otro modo, como sucede con frecuencia, nos atezna el miedo y hay muchas cosas de la vida a las que no podemos mirar. ¿Comprendéis por qué no estamos en la realidad? ¿Comprendéis por qué el presente nunca es ahora?

Éste es el valor de lo cotidiano, no para hacer meditación de vez en cuando, sino para vivirlo cotidianamente. La cuestión es que para nosotros esto es algo abstracto, porque nos falta la familiaridad con Cristo, y por eso muchas veces ni siquiera nos viene a la mente. Pero don Giussani, como decía yo antes, lo veía en todas las cosas: «Yo, Cristo, soy el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas»: esto lo experimentaba en todo. No porque Giussani fuera un místico, sino como tú, si amas a alguien, no puedes evitar ver el anochecer, el sol, una flor, la primavera, sin pensar en el otro. La cuestión es si hay algo real, ¡Un Tú real, real! Quien no tiene este Tú real ni siquiera se lo puede imaginar. ¡Nada más diferente de ser un visionario! Sólo se nos ocurre pensar en Otro si nos ha sucedido algo, una relación, que nos es necesaria para vivir.

Cesana. «La pregunta es si es posible decir que la misma conmoción y la misma veneración que tengo por Cristo se refleja en la posición que asumo ante los rostros precisos de la compañía que me ha sido dada».

Recuerdo una frase que me dijo don Giussani poco antes de morir, cuando comentábamos una cierta impenetrabilidad entre nosotros. Me dijo: «No se puede amar a Dios si no se ama a los hombres, pero no se puede amar a los hombres si no se ama a Dios».

Carrón. «Uno recibe la semejanza de aquello en lo que fija su mirada» (Gregorio de Nisa). Es la misma veneración que tengo por Cristo la que veo en los rostros de la compañía si yo miro hasta el fondo qué es lo que hay en los rostros de la compañía. Decía san Gregorio de Nisa y dice el Papa en la encíclica: Cristo nos acompaña, tras la resurrección, «a través de hombres en los que Él se deja ver». La compañía es esto, nuestra compañía es esto: una compañía de hombres aferrados por Cristo en el Bautismo y que viven la memoria de Cristo, y mirándoles a ellos puede verse aparecer Su presencia. «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien

vive en mí». Ésta es nuestra compañía. No simplemente la compañía, sino Cristo presente en la compañía. El problema surge cuando reducimos la compañía, como la realidad, a apariencia. Entonces estamos juntos, pero ninguno, estando juntos, piensa en Cristo. Éste es el problema.

Vosotros, en estos días, ¿os habéis sentido movidos a pensar en Cristo? Una compañía es verdadera si al participar en ella se nos ayuda a decir Su nombre no como algo accesorio, para visionarios, sino porque la sobreabundancia de Su presencia nos golpea con tanta fuerza que no podemos evitar conmovernos y decir: «Pero, ¿Tú quién eres, Cristo?».

Cesana. Eso es poder llamar al destino por su nombre.

Carrón. Sí.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON FRANCESCO VENTORINO

La única cuestión sería de la vida es el reconocimiento de Cristo resucitado. Insistir en que el corazón es criterio objetivo de verdad culmina en la posibilidad de la racionalidad de la fe, porque Cristo resucitado es lo único que hace que la vida humana sea admisible para razón y el corazón. Porque si no, todo es la nada, todo sería la nada, destinado a la nada. Sólo esto da consistencia eterna a todo. Y por eso Cristo insiste con los suyos: «Tocadme, miradme: no soy un fantasma, no soy la proyección de vuestros deseos y de vuestros miedos. Soy yo, un hecho real». Ayer hemos oído que Él entra dentro de la experiencia física de los discípulos: es un hecho histórico.

También a nosotros nos dice Cristo: «¡Soy yo: tocadme, miradme!». Pero, ¿dónde podemos tocarlo y mirarlo? Mirad que nosotros estamos en un lugar en el que estos signos de la presencia de Cristo no faltan. Y estos signos –como decía don Giussani– consisten en el hecho de que nuestra experiencia es confirmada de alguna forma en su naturaleza. Es otra cosa, que irrumpe dentro, que nos estalla dentro. Pensad en la virginidad, el martirio, la fidelidad conyugal hasta el sacrificio, la fecundidad en los hijos, la acogida gratuita de los hijos de otro: es una posesión de las cosas pero dentro de una distancia. Es este milagro por el cual nuestra inteligencia es como empujada fuera de sí misma para reconocer que el fundamento de todo es Él aquí presente.

Pero para reconocer a Cristo hace falta superar el escándalo de la forma de su humillación, esa forma de humillación necesaria para ser y mostrarse Señor de todas las cosas: «Cristo debe irse», recuerda Jesús a sus discípulos. Este «debe» es importante. Es este escándalo de la forma de humillación hasta la muerte, necesario para que llegue a ser el Señor y para mostrarse a todos como el Señor. Pero esta belleza del Crucificado, tan verdaderamente divina y tan enteramente humana, es la única que nos arranca de la nada.

Todavía tenemos ante nuestros ojos la belleza que la humanidad de don Giussani ha alcanzado con su muerte. ¿Cómo? ¡Nos ha arrancado de la nada! Y de aquella muerte hemos tenido la gracia –como he dicho muchas veces a Carrón– de una transición en la guía de nuestro movimiento tan gozosa, tan armónica, tan certera que es un milagro. De aquella muerte hemos tenido la gracia de una nueva paternidad, la paternidad de don Carrón.

Es cierto que Cristo debe partir para ser nuestro Señor; es verdad que éste es el destino de cada uno de nosotros: nuestra fecundidad, nuestra resurrección pasa por la identificación con la obediencia de Su muerte.

MENSAJES RECIBIDOS

*Reverendo señor Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación.*

Reverendo señor:

Con su estimada carta del 6 de Abril, usted, en nombre de esa Fraternidad, ha informado al Santo Padre acerca de los Ejercicios espirituales que tendrán lugar en Rímimi del 28 al 30 de Abril de 2006 y que serán predicados por usted con el tema “Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora”.

Agradecido por sus atentas palabras y por los sentimientos que manifiesta, Su Santidad desea que estos días de reflexión y de oración susciten un renovado empeño de adhesión a Cristo y de fidelidad a la Iglesia; y, mientras confía a María Santísima el éxito del encuentro, con toda afecto imparte a usted, a cuantos tomen parte en esa importante iniciativa espiritual y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación, la implorada Bendición Apostólica.

Aprovecho para confirmarle mis sentimientos de distinguido respeto.
Suyo devotísimo en el Señor,

*S.E.R. cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado*

Queridísimos:

«*Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora*». Esta profunda afirmación del cada vez más querido Monseñor Luigi Giussani abre el corazón y la mente al cambio. Lo que está sucediendo ahora, en la compañía de quienes siguen a Aquel que ha muerto y resucitado por nosotros, demuestra su presencia y nos asegura el cumplimiento. De este modo el amor se hace mandamiento porque, como nos ha recordado el Santo Padre en la *Deus caritas est*, Jesús se da a nosotros como Misericordia viva y personal.

En la fe y en los sacramentos de la Iglesia se renueva, también este año con ocasión de los Ejercicios, el milagro de la resurrección de nuestro yo para bien de todos nuestros hermanos los hombres.

Que la Virgen Santísima acompañe la libertad de cada uno en un humilde «sí» a su Hijo Jesús, del cual mana, siempre renovada, la fascinación de la aventura cristiana.

Con mi saludo y bendición en el Señor,

S.E.R. cardinal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Querido Julián:

Me encuentro muy cerca de ti y de los amigos del movimiento que participan durante estos días en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación.

Rezo para que este gesto sea un momento grande de Verdad y de crecimiento en la experiencia del carisma de don Giussani y en la pasión misionera para la vida de la Iglesia en este mundo nuestro herido y confuso.

Animados por la paternidad y por el magisterio de Benedicto XVI, podemos ser, en todas las naciones en las que estamos presentes, el signo de la fascinación humana por Jesús.

En comunión fraterna

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis

TELEGRAMAS ENVIADOS

A Su Santidad Benedicto XVI

«Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora». Santidad, estas palabras de don Giussani han marcado las meditaciones de los 27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímìni para los Ejercicios espirituales anuales, y de todos los demás amigos en conexión desde 60 países de los cinco continentes.

Guiados por vuestras palabras: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva», hemos profundizado en la conciencia del encuentro con el carisma de don Giussani, a través del cual hemos sido alcanzados por la presencia de Cristo. Como a los discípulos de Emaús, cuando Jesús, resucitado en la carne, se les acercó por el camino arrancándoles de la nada que pesa sobre cada uno de nosotros, como a ellos, nos ha hecho “suyos” por la potencia del Espíritu. Ésta es nuestra fuerza: que Le pertenecemos dentro del ámbito seguro de la Iglesia.

Esperando encontrarnos con Vuestra Santidad en la Plaza de San Pedro el 3 de Junio, confiamos a Vuestra paternidad todas nuestras personas: aunque conscientes de nuestros límites y de nuestra fragilidad, queremos testimoniar la belleza de ser cristianos. Renovaremos cada día el compromiso de rogar a la Virgen y a don Giussani para que velen sobre Vuestra persona, elegida por Dios para guiar a la Iglesia y así hacer presente la gloria de Su Hijo en la historia.

Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Camillo Ruini
Presidente del CEI*

Eminencia Reverendísima:

27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímìni para los Ejercicios espirituales anuales, y en conexión con otros miembros en 60 países de los cinco continentes, hemos meditado a partir de una frase de don Giussani: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora».

Estamos muy agradecidos por su continuo testimonio de la presencia de Cristo, vivo aquí y ahora en la realidad del pueblo cristiano que camina en Italia, y estamos admirados por su unidad con Benedicto XVI vivida hasta la identificación.

Confirmamos el compromiso de mostrar, en todos los ambientes de vida y trabajo, la correspondencia del acontecimiento cristiano con las exigencias fundamentales del corazón de cada uno, y mostrar así mismo la nueva cultura que de ahí nace.

Julián Carrón

S.E.R. Monseñor Giuseppe Betori
Secretario CEI

Excelencia Reverendísima:

27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales, y en conexión con otros miembros en 60 países de los cinco continentes, hemos meditado a partir de una frase de don Giussani: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora».

Renovamos nuestro compromiso de testimoniar en los diversos ámbitos de la sociedad italiana el acontecimiento de Cristo resucitado, única respuesta al deseo de felicidad que está en el corazón de todos, siguiendo a Benedicto XVI y a los obispos en comunión con él, para que la Iglesia viva como esperanza del pueblo.

Julián Carrón

S.E.R. Monseñor Josef Clemens
Secretario del Pontificio Consejo para los Laicos

Excelencia Reverendísima:

27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales, y en conexión con otros miembros en 60 países de los cinco continentes, hemos meditado a partir de una frase de don Giussani: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora».

Estamos muy agradecidos a S.E. Monseñor Rylko por haber participado con nosotros en la celebración eucarística, signo de la comunión con toda la Iglesia, y le manifestamos nuestro compromiso de seguir a para ser laicos que testimonien en el mundo la belleza de ser cristianos. Esperando el encuentro con el Santo Padre en la Vigilia de Pentecostés, suplicamos una oración por la santidad de todo el movimiento.

Julián Carrón

S.E.R. Monseñor Paolo Romeo
Nuncio Apostólico en Italia

Excelencia Reverendísima:

27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales, y en conexión con otros miembros en 60 países de los cinco continentes, hemos meditado a partir de una frase de don Giussani: «Se vive por amor de algo que está sucediendo ahora». En el seguimiento filial a Benedicto XVI, apasionado por Cristo vivo, regresamos a nuestras casas más seguros de la belleza de ser cristianos y más dispuestos a ser testimonio en Italia.

Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Eminencia carísima:

Reunidos en Rímini para los Ejercicios de la Fraternidad, y junto a los amigos en conexión de todo el mundo, nos hemos descubierto más fascinados por Cristo, que nos atrae con la energía de su Cuerpo resucitado, y más dispuestos a ser sus instrumentos de testimonio en el mundo, en la fidelidad al carisma dado a nuestro padre común don Giussani, que continúa desafiando nuestra libertad.

Muy agradecidos por el mensaje y testimonio de verdadera fraternidad, le suplicamos una oración al Padre para que haga menos indigno y más seguro nuestro camino hacia la santidad, seguros de que Cristo es lo que tenemos de más querido en el mundo.

Julián Carrón

S.E.R. Monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis (Brasil)

Amadísima Excelencia: agradecidos por el mensaje que ha hecho presente en los Ejercicios de Rímini a la Iglesia de América Latina, y más agradecidos y ciertos del carisma encontrado que hace atrayente para cada uno de nosotros la presencia de Cristo que nos arranca de la nada, aseguramos las oraciones a Nuestra Señora por la acción misionera en Brasil, con la que seguimos colaborando para la vida de la Iglesia, esperanza del mundo.

Julián Carrón

Apéndice

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

a cargo de Sandro Chierici

(Guía para la lectura de las imágenes, extraídas de la historia del arte, que acompañaban la escucha de los fragmentos de música clásica a la entrada y a la salida).

El hombre que se olvida de la Alianza que Dios ha establecido con él ve desdibujarse los rasgos de su rostro y experimenta la incapacidad de estar frente a la realidad. La memoria de Dios hecho hombre, presencia que podemos encontrar en nuestra vida gracias al “sí” de María, despierta el gusto por la vida, hace posible la alegría vivida en una compañía concreta, y el anhelo de que la Gloria de Cristo sea reconocida en el mundo.

I

1. Marc Chagall, *El arco iris, signo de la alianza entre Dios y la tierra*, Niza, Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall.
2. Marc Chagall, *La creación del hombre*, detalle, Niza. Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall.
3. René Magritte, *El atardecer*. Houston, Colección Menil.
4. René Magritte, *El hombre con sombrero*. Nueva York, Colección A. Carter Pottash.
5. René Magritte, *La gran guerra*, Colección privada.
6. René Magritte, *Los amantes*. Nueva York, Colección Richard S. Zeisler.
7. Giorgio de Chirico, *Los esposos*. Grenoble, Museo de Pintura y Escultura.
8. Balthus (Balthazar Klossowski de Rola), *Passage du Commerce Saint-André*. Colección privada.
9. Balthus, *El camino*. Nueva York, The Museum of Modern Art.
10. Balthus, *Los niños Blanchard*. París, Musée National Picasso.
11. Balthus, *Las tres hermanas*. Caracas, Colección Patricia Phelps de Cisneros.
12. Balthus, *Muchacha en la ventana*. Colección privada.
13. Caspar David Friedrich, *Mujer en la ventana*, Berlín, Nationalgalerie.

II

14. Lorenzo Lotto, *Anunciación*, Recanati, Pinacoteca cívica.
15. *Navidad*. Miniatura del incipit del Evangelio de San Juan. Biblioteca Apostólica Vaticana, ms. Urb. Lat.2, Biblia de Federico de Montefeltro, vol. II, f. 239 recto.
16. Fray Angélico, *Presentación del Niño en el templo*, detalle. Florencia, Convento de San Marcos, celda 10.
17. Duccio da Boninsegna, *El encuentro de Cristo con la samaritana*, Predela de la *Maestá*. Madrid, Colección Thyssen-Bornemisza.
18. Fray Angélico, *Discurso de la montaña*. Florencia, Convento de San Marcos, celda 32.
19. Fray Angélico, *La comunión de los apóstoles*. Florencia, Convento de San Marcos, celda 35.
20. Fray Angélico, *Descendimiento a los infiernos*. Florencia, Convento de San Marcos, celda 31.
21. Fray Angélico, *Noli me tangere*. Florencia, Convento de San Marcos, celda 1.
22. Fray Angélico, *Las santas mujeres en el sepulcro*. Florencia, Convento de San Marcos, celda 8.
23. Duccio da Boninsegna, *Encuentro de Cristo con los discípulos en Emaús*. Predela de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
24. Duccio da Boninsegna, *Cristo aparece en el lago Tiberiades*, Predela de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
25. Duccio da Boninsegna, *La incredulidad de Santo Tomás*, Coronación de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
26. Duccio da Boninsegna, *Cristo se aparece a los apóstoles estando las puertas cerradas*, detalle de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
27. Duccio da Boninsegna, *Cristo se aparece a los apóstoles durante la cena*, Coronamiento de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
28. Duccio da Boninsegna, *Cristo aparece sobre el monte de Galilea*, detalle. Coronación de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
29. Duccio da Boninsegna, *Pentecostés*. Coronamiento de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
30. Duccio da Boninsegna, *Despedida de la Virgen de San Juan*. Coronación de la *Maestá*. Siena, Museo dell'Opera del Duomo.
31. Maestro de San Martino, *Virgen con el Niño y los ángeles*, detalle. Pisa, Museo Nacional de San Matteo.
32. Jacopo Torriti, *La coronación de la Virgen*, mosaico. Roma, Santa María Maggiore.

III

33. Marc Chagall, *Bella e Ida en la ventana*. Colección privada.
34. Jean-François Millet, *Mujer cosiendo junto a su hijo dormido*. Boston, Museum of Fine Arts.
35. Jean-François Millet, *Lección de lectura*. Boston, Museum of Fine Arts.
36. Jean-François Millet, *Primera lección de tricotar*. Boston, Museum of Fine Arts.
37. Jean-François Millet, *Segunda lección de tricotar*. Boston, Museum of Fine Arts.
38. Jean-François Millet, *La esquiladora*. Boston, Museum of Fine Arts.
39. Telémaco Signorini, *Reposo en Riomaggiore*. Colección privada.
40. Telémaco Signorini, *Procesión en Settignano*. Colección privada.
41. Telémaco Signorini, *Camino de campo con gavillas*. Colección privada.
42. José Clemente Orozco, *La familia*. Ciudad de México, Antiguo Colegio de San Ildefonso.
43. Nicolò Cannicci, *El corro*, detalle. Colección privada.
44. Henri Matisse, *Jarrón con capuchinas y "La Danza"*, Moscú, Museo Puskin.
45. Marc Chagall, *La danza de María*. Niza, Museo Nacional Mensaje Bíblico Marc Chagall.
46. David Hockney, *Garrowby Hill*. Boston. Museum of Fine Arts.
47. David Hockney, *Going up Garrowby Hill*. Colección privada.

DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

Las indicaciones que siguen, sugeridas por la experiencia de estos doce años, quieren responder a los grupos de Fraternidad que han expresado el deseo de una mayor seriedad en el planteamiento de su vida personal y comunal.

1. Obediencia a las indicaciones de quien guía a toda la Fraternidad

Quien participa en la vida de la Fraternidad está invitado a la obediencia a las indicaciones de quien guía toda la Fraternidad, en una inmanencia responsable a la vida del Movimiento, hasta el afecto.

2. Naturaleza y consistencia del grupo

Un grupo está constituido por adultos que libremente lo deciden y lo constituyen. La idea-guía de la Fraternidad es el descubrimiento de que un adulto es responsable tanto de su trabajo y de su familia como de sus santidad: de la vida como camino hacia la santidad, es decir, de la vida como vocación.

El adulto, en cuanto que es responsable, se junta con otros que reconocen tener la misma responsabilidad frente a la vida como vocación.

Conforme al método que enseña el Movimiento, todos deberían desear pertenecer a un grupo de Fraternidad, aunque la adhesión a ella es personal.

3. El guía: todo grupo debe ser guiado

Todo grupo debe ser guiado. El guía no coincide mecánicamente con la figura del prior, sino con una persona que tenga autoridad moral en sentido evangélico: una persona que tenga fe, que incluso puede provenir de fuera del grupo.

El guía debe comunicar un método de vida: enseñar a reconducir todo a una idea fundamental, meditando, mirando y amando la cual pueda nacer «todo el resto». Este es el origen de nuestro método: que la vida cristiana nace del encuentro con una presencia, siguiendo la cual se cambia. Precisamente en este cambio de uno mismo es donde madura discretamente la idea de una regla.

El guía debe favorecer una auténtica seriedad en la fe. Debe ser un guía que encamine el grupo, lo conforte, lo ayude a corregir la inevitable tendencia a la artificiosidad y el moralismo.

La relación estable con un persona «externa» al grupo (sacerdote, responsable del Movimiento, miembro de los Memores Domini) puede evitar que se enfatice el propio grupo en detrimento de la unidad de toda la Fraternidad, que no es una federación de realidades autónomas.

Todo grupo debe tener un prior, que desarrolla una labor de secretaría (avisos, distribución de textos, etc.) y de orden. El prior se atiende a las indicaciones recibidas del Centro a través del responsable diocesano o regional y del miembro del Ejecutivo al que está confiado el cuidado de la región.

4. La regla

En la vida del grupo la regla está en función de un incremento de la relación entre la persona y Cristo y, por tanto, como consecuencia, de un incremento del Movimiento en el servicio a la Iglesia.

a) Oración

Cada grupo debe darse una regla de oración: puede ser decir un Avemaría por la tarde o la participación en la Misa diaria. No importa si se sigue la hipótesis mínima o la máxima. Lo que importa es el gesto de oración, la fidelidad a él.

b) Pobreza

La aportación mensual al fondo común de toda la Fraternidad, que implica sacrificio, está en función de un incremento de la conciencia de la pobreza como virtud evangélica. Como dice san Pablo: «No tenemos nada y poseemos todo». El verdadero modo de poseerlo todo es estar desapegados de todo. Se puede uno comprometer incluso con diez pesetas sólo, pero entregarlas con fidelidad tiene un valor fundamental de reclamo, porque es un gesto concreto y unitario. Quien no se comprometa con esta indicación no puede considerarse miembro de la Fraternidad.

c) Desarrollo del conocimiento de la doctrina de la Iglesia

La profundización catequética del Movimiento se hace en la Escuela de Comunidad: ella ilumina nuestra formación permanente. Debe desarrollarse valorando en su ámbito los Ejercicios y los textos que brotan del Movimiento, que aclaran el contexto en el que se coloca el «curso» marcado por la Escuela de Comunidad.

Caso de que la Escuela de Comunidad se haga en otro sitio (como resultado de la presencia misionera del adulto dentro del ambiente), que el grupo de Fraternidad medite los Ejercicios espirituales o los textos indicados por el Movimiento, sin que falte, en todo caso, la referencia a la Escuela de Comunidad.

5. La obra

La obra de la Fraternidad es el crecimiento del Movimiento en el servicio a la Iglesia. La asunción de compromisos específicos está, por tanto, en función de esto (véase la Carta a los nuevos inscritos en la Fraternidad).

IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

1. Premisa

La adhesión a la Fraternidad es personal: es válida y permanece con o sin grupo. Este es un principio fundamental, pues la persona vive la fe obedeciendo «de corazón», es decir, libremente y directamente, «a la forma de enseñanza a la que hemos sido entregados» (Joseph Ratzinger, «Intervento di presentazione del nuovo Catechismo», *L'Osservatore Romano*, 20-1-1993, p. 5).

La imagen del grupo de fraternidad que se describe es el modo como puede ser sostenida la adhesión personal a la Fraternidad entera.

2. Objetivo y naturaleza del grupo de Fraternidad

El grupo de fraternidad es un lugar de amistad cristiana, o sea, de reclamo y de memoria a la conversión personal, un lugar en el que sea más fácil y estable la voluntad de vivir para Cristo. No hay duda de que es más fácil ser corregidos que corregirse, por ello es útil un lugar de reclamo. El grupo de fraternidad, como figura de la Fraternidad en su conjunto, «es la conciencia explícita de estar en camino, de tener un destino, y por tanto, una ayuda a profundizar la conciencia, una ayuda a profundizar el conocimiento y la conciencia» (Luigi Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2002, p. 105). Es una «proximidad de personas que se aceptan como una escuela, [...] una escuela para aprender a amar al otro» (*ibidem*, p. 168).

«Tiene que llegar a ser un lugar que moviliza, que nos cambia» (*ibidem*, p. 9).

Las fraternidades ayudan a procurar la santidad personal y la vocación que se vive: «La exigencia [...] de vivir la fe y comprometerse con ella» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem*, p. 249), contribuyendo así a la obra de salvación que Cristo ha introducido en el mundo con su Iglesia.

3. Método (¿Con qué criterio se escoge un grupo?)

El criterio con el que se escoge un grupo es la proximidad, ocasión de una convivencia que se debe desear. La primera proximidad, que permite reconocer el valor de todas las demás, es la vocacional. En este sentido, los grupos de fraternidad «tienen que nacer según las convergencias naturales y las elecciones de las personas, sin esquemas fijos (“el ambiente”, antes que un territorio o una clase social, son las relaciones interpersonales)» (*ibidem*, p. 40).

El grupo de fraternidad puede formarse a partir de una amistad previa, pero ante todo implica la decisión respecto de la necesidad de la compañía de tales personas para la propia fe y para las necesidades de la vida.

La consecuencia de semejante compañía es el descubrimiento de cada vez más personas como fraternas, es decir, la misión: la expresión más verdadera de la experiencia de la fraternidad.

De hecho, «una comunión explícita implica toda la vida, de forma que lo que le ocurre al otro ya no puede dejar de afectar e implicar mi propia vida.» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem*, pp. 251-252).

4. Regla y conducción

La regla sugerida a los grupos de fraternidad se propone como una ayuda que se ofrece a cada uno dentro del compromiso que se ha asumido con la adhesión a la Fraternidad. Ésta prevé:

- Una mínima dedicación a la *oración*;
- Una educación concreta a la *pobreza* (incluido el valor del dinero, a través del *fondo común*);
- Apoyo a la *obra del movimiento* (quizá a través una obra concreta);
- Profundización en la *doctrina de la Iglesia*.

En cualquier caso, los grupos de fraternidad «no pueden tener como expresión propia el debate sobre un texto» (*ibidem*, p. 83) sin que llegue a ser confrontación con las exigencias de la vida, materiales y espirituales.

Esto aclara también la función y el modo de la Escuela de comunidad. «La Escuela de comunidad, si se viviera bien por parte de los adultos, tendría que convertirse en Fraternidad. [...] Por eso, una Escuela de comunidad es una Fraternidad “que no ha llegado a nacer”, es decir, todavía no es Fraternidad porque está en la superficie de nuestro compromiso: es un ejercicio, más que una vida» (*ibidem*, p. 167). Todo es potencialmente una fraternidad.

Las fraternidades son guiadas por: los *Ejercicios espirituales* y el trabajo posterior sobre este gesto; los *retiros*; y, en su caso, las *Asambleas Regionales*. *El prior* tiene una importante función de secretaria, cuyo aspecto principal es comunicar las indicaciones del Centro; no es inamovible, ya que a cada uno le toca ser responsable de la vida de la propia fraternidad. Los grupos de fraternidad pueden escoger como “guías” a personas con autoridad en sentido evangélico, que pueden no pertenecer al grupo, pero que – en cualquier caso – han de ser aprobadas por el Ejecutivo.

El objetivo de todas las indicaciones es el aumento de una humanidad cristiana: una humanidad distinta en el modo concreto de pensar, sentir y, si es posible, de comportarse.

Toda la Fraternidad, evidentemente, encuentra su consistencia dentro del movimiento y de la dirección que éste ofrece. No es oportuno añadir otros instrumentos a los ya previstos para la guía de la Fraternidad (cartas e intervenciones del fundador; diaconía central, responsables regionales, etc.). Es importante, en cambio, que los instrumentos actualmente presentes sean vividos con seriedad y si fuera posible, preparados, enviando contribuciones y preguntas a los responsables. En concreto, es importante subrayar el valor de los Retiros, que deben tener: un momento de reflexión (que retome la actualidad de los Ejercicios); un momento de silencio; un momento de asamblea y la Santa Misa.

Notas

1. «Mensaje de don Giussani a los participantes de la XXV peregrinación a pie Macerata-Loreto», Portada de *Huellas* n. 5, mayo de 2004.
2. *Lc* 24, 21.
3. *Lc* 24, 32.
4. Jacopone da Todi, *Stabat Mater*, vv. 28-30.
5. Cf. V. Soloviev. «Breve racconto dell'Anticristo», en *I tre dialoghi*, Marietti, Turín 1975, p. 207. (*Breve relato del Anticristo*. Ed. Santiago Apóstol, Bs. As. 1995).
6. L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Ed. Encuentro, Madrid 2006, pp. 19-20.
7. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Encíclica del 25 de diciembre 2005. I, 1.
8. “La Cometa” es una asociación que acoge a menores en comunidades familiares en la ciudad de Como, Italia.
9. G. Greene, *Fine di una storia*, Mondadori, Milano 2004, p.72. (*El fin del romance*, Edhasa, Barcelona 2000).
10. Ch. Péguy, *Cartesio e Bergson*, Milella, Lecce 1977, p. 236.
11. Cf. B. Pascal, *Pensamientos*, Tomo I, nº 172. Ed. Elaleph.com 2001, pp. 154-155.
12. C. Pavese, *Dialoghi con Leucó*, Einaudi, Turín 1947, pp.165-66. (*Diálogos con Leucó*, Tusquets, Barcelona 2001).
13. Cf. H. Ibsen, *Peer Gynt*, Atto V, Einaudi, Turín 1959, p.131. (*Peer Gynt*, Ed. Porrúa, México 2005).
14. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ed. Encuentro 2001, p. 9.
15. L. Giussani, *Una presenza che cambia*, BUR, Milán 2004, p. 369.
16. L. Giussani. *El rostro del hombre*, Ed. Encuentro, 1995, p. 7.
17. L. Giussani. *El sentido religioso*, Ed. Encuentro, 1988, p. 21.
18. L. Giussani. *El yo, el poder y las obras*, Ed. Encuentro 2001, p. 51.
19. H. Arendt, *Archivo Arendt – 2. 1950-1954*, Feltrinelli, Milán 2003, p. 26.
20. A. Fienkelkraut, *La sconfitta del pensiero*, Lucarini, Roma 1989, p. 108. (*La derrota del pensamiento*, Ed. Anagrama, Barcelona 2000).
21. R. Guardini, *Ritratto della malinconia*, Morcelliana, Brescia 1952, pp. 29-30.
22. *Ibidem*, pp. 46-47, 53, 55.
23. F. Kafka, citado en L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Ed. Encuentro, Madrid 2005 p. 121.
24. F. Kafka, *Aforismi di Zürau*, n. 13, Adelphi, Milán 2004, p.27 (*Aforismos de Zürau*, Ed. Sexto Piso, Madrid-ME 2006).
25. L. Giussani. *El rostro del hombre*, Ed. Encuentro 1995, p.14.
26. J. Ratzinger, “Presentación del nuevo Catecismo”, *Osservatore Romano*, 20 de enero de 1993.

27. F. Werfel, *Verdi. Il romanzo dell'opera*, Corbaccio, Milán 2001, p. 247. (*La novela de la ópera*, Espasa Calpe 2002).
28. Cf. E. Lévinas, *Umanesimo dell'altro uomo*, Nuovo Melangolo, Génova 1998, p. 119.
29. San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XX, 6.
30. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, o. c. I, 12 y 13.
31. L. Giussani, "Navidad: el misterio de la ternura de Dios", en *Huellas* n. 11, diciembre de 2005, p. 5.
32. L. Giussani, "Eucaristía: una Realidad presente, familiar". En *Huellas* n. 9, octubre de 2005, p. 1.
33. *Mc* 10, 46-52.
34. J. Ratzinger, *La belleza. La Iglesia*, Ed. Encuentro, Madrid 2006, p. 15.
35. N. Kabasilas, citado *ibidem*, p. 16.
36. J. Ratzinger, *La belleza. La Iglesia*, Ed. Encuentro, Madrid 2006, p. 18.
37. J. Leclercq, *Meditazioni di vita cristiana*. Ed. Paoline, Roma 1956, pp. 21-22.
38. *Cancionero*, Ed. Encuentro 2004, p. 374.
39. *ICo* 15, 14.
40. Cf. *Mt* 28, 20.
41. Benedicto XVI, Homilía en la Vigilia Pascual 2006, Basílica Vaticana, Sábado Santo, 15 de abril de 2006 p. 1.
42. *Ibidem* pp. 1-2
43. *Mt* 26, 56.
44. Cf. *Jn* 20, 19.
45. Cf. *Mc* 16, 8.
46. *Lc* 24, 38.
47. *Lc* 24, 21.
48. Cf. *Jn* 20, 27.
49. *Jn* 20, 15-16.
50. Cf. *Jn* 21, 15.
51. *Jn* 21, 7.
52. *Jn* 21, 12.
53. L. Giussani, "Cristo resucitado, la derrota de la nada", en *Huellas*, n. 4 abril de 2006, p. 4.
54. *Ibidem* p. 4.
55. *Catecismo de la Iglesia Católica* I 643-644.
56. V Domingo del tiempo ordinario, rito ambrosiano, oración colecta.
57. Benedicto XVI, Homilía en la Vigilia Pascual 2006, o. c. p. 2.
58. *Ga* 2, 20.
59. Benedicto XVI, Homilía de la Vigilia Pascual 2006, o. c. p. 2.
60. L. Giussani. "Navidad: el misterio de la ternura de Dios", en *Huellas* n. 11,

- diciembre de 2005, p. 1.
61. L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Ed. Encuentro 2004, p. 235.
 62. Benedicto XVI, Homilía de la Vigilia Pascual, o. c., p. 2.
 63. Cipriano, *De Ecclesiae Catholicae Úntate*, C. 23.
 64. Benedicto XVI, Homilía en la Santa Misa Crismal, Jueves Santo 2006, Basílica de San Pedro, vatican.va, p. 3.
 65. C.S. Lewis, *Una pena en observación*, Ed. Anagrama, Barcelona, p. 30-31.
 66. Cf. Gregorio Nacianceno, *Omilía sobre el Cantar de los Cantares*, VIII.
 67. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, o. c. I, p. 17.
 68. L. Giussani, “El Santo Rosario”, Resurrección; en *Huellas* n. 5, mayo de 2001, inserto p. X.
 69. Gregorio Nacianceno, *Homilía sobre el Cantar de los Cantares*, IV.
 70. M. Luzi, «Libro di Ipazia», in *Teatro*, Garzanti, Milán 1993, p. 76.
 71. F. Werfel, *Nel crepuscolo del mondo*, Mondadori, Milán 1937, p. 421 (*El crepúsculo de un mundo*, Caralt, Barcelona 1973).
 72. Cf. *Jn* 21, 17.
 73. L. Giussani. *El hombre y su destino* (3ª parte: “Dios y la existencia”), Ed. Encuentro, Madrid 2003.
 74. J. Green, *La Luce che resta. Diario (1966-1972)*, Rusconi, Milán 1976, p. 219.
 75. L. Giussani, “Cristo Resucitado, la derrota de la nada”, en *Huellas* n. 4, abril de 2006, p. 8.
 76. Jacopone da Todi, citado en “Cristo resucitado, la derrota de la nada”, *Huellas* n. 4, abril de 2006, p. 12.
 77. Cf. *Col* 1, 17.
 78. A. Negri, «Atto d’amore», en *Mia giovinezza*, BUR, Milán 1995, p. 70.

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI	3
 <i>Viernes 28 de abril, noche</i>	
INTRODUCCIÓN	4
SANTA MISA – HOMILÍA DE DON PINO	8
 <i>Sábado 29 de abril, mañana</i>	
PRIMERA MEDITACIÓN – <i>Il nostro cuore non si è perduto</i>	9
SANTA MISA – HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR STANISLAW RYLKO	22
 <i>Sábado 29 de abril, tarde</i>	
SEGUNDA MEDITACIÓN – <i>La potencia de Su resurrección</i>	27
 <i>Domingo 30 de abril, mañana</i>	
ASAMBLEA	37
SANTA MISA – HOMILÍA DE DON FRANCESCO VENTORINO	51
MENSAJES RECIBIDOS	53
TELEGRAMAS ENVIADOS	55
 <i>Apéndice</i>	
EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA	60
DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD	63
IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD	65
 <i>Notas</i>	 69
